

MICROPATRULLA

LAW SPACE

Apenas llegaba hasta la sala del piso ochenta y seis el rumor apagado de las máquinas electrónicas de calcular que, ocupando los diez primeros pisos del colosal edificio, trabajaban día y noche, procurando proporcionar a los humanos los datos que éstos solicitaban.

Aquella construcción fantástica, situada en la parte norte de París, y construida a finales del siglo, era llamada de muchísimas maneras. Pero los nombres, unos jocosos y otros ridículos, que los parisinos habían buscado en su sabroso lenguaje para designar la construcción que había relegado a un segundo término, definitivamente, la Torre Eiffel, fueron abandonados poco a poco y sólo quedó el primitivo, con el que había sido bautizado: La Torre de la Ciencia.

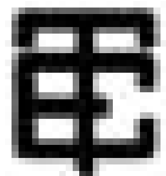
Y así era en realidad.



Law Space

Micropatrulla

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 313



ePub r1.0

LDS 08.01.19

Título original: *Micropatrulla*
Law Space, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



MICROPATRULLA



CAPÍTULO PRIMERO



penas llegaba hasta la sala del piso ochenta y seis el rumor apagado de las máquinas electrónicas de calcular que, ocupando los diez primeros pisos del colosal edificio, trabajaban día y noche, procurando proporcionar a los humanos los datos que éstos solicitaban.

Aquella construcción fantástica, situada en la parte norte de París, y construida a finales del siglo, era llamada de muchísimas maneras. Pero los nombres, unos jocosos y otros ridículos, que los parisinos habían buscado en su sabroso lenguaje para designar la construcción que había relegado a un segundo término, definitivamente, la Torre Eiffel, fueron abandonados poco a poco y sólo quedó el primitivo, con el que había sido bautizado: La Torre de la Ciencia.

Y así era en realidad.

De la misma forma que hacía ya muchísimos años, al final de la segunda contienda mundial, se había erigido en Nueva York aquel

otro edificio, llamando vulgarmente «La Plancha», destinado a dar a los hombres un poco de esperanza en los buenos oficios de la palabra, la Torre de la Ciencia, en París, había tenido mucho más éxito que la primera, ya que los científicos de todos los países del mundo solían reunirse allí con harta frecuencia, para trabajar en pro de la Humanidad.

Muchos resultados positivos habían surgido de los laboratorios, de las salas de reunión, de los despachos destinados a todas las disciplinas científicas. El edificio, a pesar de su gigantismo, apenas podía contener ya los departamentos en los que, lentamente, había ido subdividiéndose sus secciones y que lo habían convertido, poco a poco, en una especie de colosal hormiguero, fabricado por esas termitas de marcha erecta a la que la nomenclatura de la Historia Natural denominada «Homo Sapiens».

Aquella mañana de un brumoso día de febrero del año 2025, un importante grupo de biólogos se había reunido en una de las plantas más altas del soberbio edificio.

No era aquélla su primera reunión ni muchísimo menos, ya que llevaban trabajando cerca de un año, fecha fatídica en la que se habían visto obligados a dejar de lado las investigaciones que hacían hasta entonces para dedicarse, de una manera exclusiva, al estudio de un fenómeno que, poco a poco, había cubierto sus frentes de arrugas y matizado bastante el brillo entusiasta que siempre había lucido en sus pupilas.

Se veía allí, entre los que se habían sentado alrededor de la amplia mesa de estudios, al profesor David Dark, acompañado de su compatriota Walter Moore, ambos miembros de una célebre universidad norteamericana. Alain Duvivier, profesor de Microbiología del Instituto Pasteur, tenía a su lado a su linda colaboradora, Yolande Versal, una de las mujeres que más positivos conocimientos tenía en la ciencia de los microorganismos.

Al otro lado de la mesa, el profesor Hans Funker, de la Universidad de Berlín, estaba sentado junto a un hombre pequeño, de ojos oblicuos. Era el profesor Todio Isokima, de la Universidad de Tokio, uno de los seguidores más importantes de la Escuela de Citología de su país y al que se debían descubrimientos sobre las particularidades bioquímicas del núcleo de las células humanas.

Todos los allí reunidos eran muy inteligentes.

Todo lo que aquellos hombres sabían hubiese necesitado muchísimos volúmenes para ser escrito. Sus amplias frentes decían bien a las claras el desarrollo noble de una inteligencia que habían destinado, desde el principio, a abrir nuevos caminos a la ciencia del hombre y a proporcionar a la Humanidad los mejores servicios posibles.

De todos ellos, sólo David Dark, uno de los americanos, fumaba. Los otros, incluso la muchacha, se habían hecho servir bebidas con vitaminas y tenían sus respectivos vasos delante de ellos, a niveles diversos, cerca de los cuadernos donde habían ido anotando las observaciones realizadas durante los últimos meses.

Ahora estaban esperando.

De vez en cuando, pero sin romper el silencio que se había hecho en la sala, alguno de ellos consultaba su reloj de pulsera o echaba una ojeada hacia los amplios ventanales, que ocupaban casi totalmente las cuatro paredes de la habitación y que permitían una vista panorámica magnífica de París, que se extendía allá abajo, como un hormiguero humano. Las nubes lo cubrían en gran parte pero, de vez en cuando, era posible adivinar el contorno de edificios conocidos, admirados por otras generaciones y que, entre las construcciones modernas, habían quedado como las huellas de un pasado glorioso aunque difícil.

A uno de los lados de la amplia estancia, quizá en el único lugar donde el cristal no hacía de pared, se veía brillar una gigantesca pantalla de televisión, perteneciente al circuito interior del edificio, y que estaba conectada constantemente con los diales de los calculadores electrónicos que trabajaban muchísimos pisos más abajo. Y hacia allá iban, con harta frecuencia, las miradas de todos los presentes. En realidad, la pantalla no reflejaba más que las casillas movibles de los contadores de los cerebros electrónicos. Pero para aquellos hombres y la mujer que estaba sentada junto a ellos, el cambio vertiginoso de las cifras, que parecía recordar el sistema de cálculo en las velocísimas carreras de automóviles, poseía una significación salvaje, tremenda, alucinante.

Los guarismos pertenecientes a las unidades y a las decenas eran apenas visibles ya que cambiaban a una velocidad de vértigo. Los centenares, los millares y las decenas de millares se movían también a bastante velocidad, pero lo que más impresionaba era ver, de vez

en cuando, moverse la cifra de los millones, cosa que ocurría con frecuencia, demostrando la marcha inexorable que los números tienen en los cálculos de los humanos.

Cuando Yolande Versal volvió la cabeza y dejó de mirar la fatídica pantalla de televisión, su mirada fue más allá de los cristales que cubrían las paredes de la habitación y se proyectó hacia allá abajo, a la ciudad, sintiendo al mismo tiempo que una sensación de desconsuelo le penetraba en el alma. Cuando uno llegaba a la Torre de la Ciencia, cuando se ocupaba un puesto de importancia capital en aquel pequeño comité de biólogos, podía mirarse al mundo como a través de un gigantesco microscopio, en cuya platina aparecieran los seres desprovistos de su hermosa individualidad, como meros microbios, como organismos unicelulares que se moviesen, hormigueando, en el fondo de cualquier preparación microscópica.

«Ahí abajo —pensaba la biólogo—, hay millones y millones de seres que se divierten, que sufren, que intentan encontrar en la vida esa porción de placer íntimo que la existencia parece adeudarnos. La ciencia les ha proporcionado métodos para evitarles los males de otros tiempos, y apenas sí conocen enfermedades. La salud es magnífica y la longitud de la vida se ha dilatado hasta lo inconcebible. Hoy es muy raro que un hombre no pueda conocer a los hijos de sus nietos. Sin embargo, cuando, después de haber vencido no sólo los dolores y las enfermedades, sino al espectro de la guerra y de las luchas fratricidas que tanta sangre hicieron verter sobre el mundo, cuando todo parecía estar iluminado por el maravilloso amanecer de una época tantas veces soñada, la sombra de la muerte vuelve a aparecer y allí está, en las frías cifras de los calculadores electrónicos, proyectándose con violenta fuerza en la pantalla de la televisión, como un mensaje que rompe brutalmente la armonía que hasta ahora había podido suponerse conseguida en los cuatro ámbitos del mundo».

Pero las profundas y tristes cogitaciones de la profesora Versal se vieron truncadas con brusquedad por la entrada de un hombre alto, joven, que acababa de empujar la puerta de la sala y que ahora avanzaba hacia la mesa, con una sonrisa en los labios, más gesto que sonrisa, mirando a todos los allí reunidos. Cuando el profesor Moore le hizo un gesto, se dirigió a una silla inocupada, colocada a

la cabecera de la mesa.

El recién llegado era alto, delgado, de cabellos dorados y cejas del mismo color. Tenía unos ojos azules y profundos, una nariz recta, labios delgados en una boca bien dibujada y un mentón un tanto recio, muestra inequívoca de una voluntad indomable. Iba vestido con sencillez, pero su ropa estaba un poco arrugada, quizá por la prolongada estancia en el vehículo de reacción que le había traído desde donde llegaba.

Se sentó, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno, después de que Walter Moore hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, permitiéndole aquel pequeño placer que, seguramente, merecía.

Todos los rostros se habían vuelto hacia él y la ansiedad se leía claramente en la expresión de aquellos hombres que, por sus estudios, pocas veces solían conmoverse.

—¿Y bien? —preguntó el profesor Moore.

—Creo que lo conseguirán —repuso el joven—. Lamain y Shindo me rogaron que volviera, sin permitir que les esperara fuera de la zona.

—Pero ¿está usted seguro de que podrán conseguirlo? —insistió Walter.

—Sería raro que esa pareja no consiguiera lo que se propone —se atrevió a sonreír Danny Hanson, que así se llamaba el joven—. Son muy decididos, profesor.

—Por eso les enviamos.

—Además, están muy bien preparados. Pero no creo que hubieran conseguido nada a no ser por los trajes especiales que les proporcionó el profesor Funker.

El alemán, allí presente, hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo la completa seguridad de que nada podrá ocurrirías llevando esos trajes —dijo—. De todos modos, quizá es demasiado gratuita mi afirmación…

Intervino Todio Isokima, el profesor japonés:

—¿Qué punto eligieron para la penetración?

—Sicilia, profesor.

—¿Es que ha llegado hasta allí?

—Sí. Y a mi modo de ver —explicó Danny—, la cosa ha debido de pasar el Canal y debe de estar ya en la península italiana.

—Corre muy aprisa —dijo Alain Duvivier, que no había

pronunciado hasta el momento ninguna palabra.

—Lo importante —volvió a decir Moore— es poder examinar el cuerpo de uno de esos desgraciados. Hasta ahora, no ha vuelto ninguna de las personas que enviamos para recoger un cadáver. Esto quiere decir, en mi opinión, que la infección es de una virulencia extraordinaria. Pero aquí estamos, desde hace casi seis meses, sin poder hacer nada positivo por algo que ni siquiera los humanos le dan importancia. Claro que todo se lo debemos al Centro de Comunicaciones mundiales.

—En efecto. Si hubieran dejado publicar las noticias de esa hecatombe —dijo Funker—, el terror habría ganado hoy a la humanidad entera. Pero el hecho de que, gracias a la política del Centro de Comunicaciones, no se hayan preocupado por las zonas infectadas, vuelve a demostrarnos que los seres humanos se dejan engañar con suma facilidad.

—Ha sido por su bien —intervino el japonés—. Suprimiendo los viajes turísticos, inventando causas que aparentemente carecían de importancia, se ha conseguido evitar que el pánico estallase por doquier. Pero, de todas formas —y su largo brazo señaló la pantalla de la televisión, donde seguían saltando las cifras—, son ya cerca de nueve millones las personas que han fallecido.

—El ritmo no era antes tan intenso —apuntó Duvivier.

—Es cierto —repuso Walter Moore—. Los cálculos nos han demostrado que, al principio, el número de víctimas respondía a una progresión sencilla, variable. Ahora la cosa es distinta. No hay más que mirar esta maldita pantalla para comprender que el vertiginoso girar de las cifras de la derecha significa que están muriendo cientos de hombres y mujeres por minuto, miles por hora y millones por día.

—Es escalofriante —dijo Yolande, que era la primera vez que hablaba.

—Si hubiésemos obtenido el cuerpo de una de las víctimas —volvió a insistir el alemán Hans Funker—, hubiésemos podido llevar a cabo un estudio anatómico e histológico y detallado. Tenemos los medios suficientes para encontrar, sea como sea, los agentes, seguramente microorganismos, que producen esa especie de muerte fulminante. Y creo que podemos llamarla así, ya que lo único que sabemos de ella, y que vimos por pura casualidad en una emisión

de la televisión africana fue la caída brutal y repentina de una serie de criaturas humanas que parecían haber sido fulminadas por un rayo invisible.

—Así fue, en efecto.

—He repasado todas las causas que podrían producir una muerte de ese tipo —siguió diciendo el germano—, pero sin resultado. Fuera de aquellas antiguas creencias de lo que entonces llamaban «enfermedad túnica» y que, como ustedes recordaran, se presentaba, de vez en cuando, en los niños, causando la muerte fulminante por lo que entonces se creía era una destrucción brutal y repentina del ritmo, no ha vuelto a verse nada semejante en muchísimos años. Ninguna otra enfermedad produce ni ha producido jamás una muerte tan rápida. Muchas hipótesis podemos hacer a este respecto y ya hemos estudiado aquí hasta fatigamos, las posibles causas de ese fallecimiento brutal. Porque, si aquellas imágenes en televisión que tuvimos la suerte de ver por verdadero azar, nos hubieran proporcionado datos externos que nos hablaran con cierta claridad de roturas venosas o arteriales, de destrucciones masivas del sistema nervioso, por ejemplo, ahora estaríamos más orientados. Pero las cámaras de televisión siguieron funcionando incluso cuando sus servidores habían caído fulminados. Y la gente que aparecía en escena, como ustedes recordarán muy bien, no ofrecían aspecto de heridas ni lesiones de ningún tipo, sino que los individuos estaban en el suelo, caídos en posturas curiosas, como si se hubieran desvanecido, y así lo pensamos momentáneamente, alejando de nuestras mentes la idea de una muerte por electrocución. ¿Lo recuerdan?

Todos ellos hicieron gestos afirmativos con la cabeza.

—Por lo tanto —continuó diciendo el alemán—, no puede haber más que una respuesta a las múltiples preguntas que nos hemos estado formulando en estos últimos tiempos. Y todos nosotros estamos convencidos de que se trata del ataque de un microorganismo desconocido hasta ahora, capaz de producir un fenómeno patológico de una intensidad tal que los seres atacados por él no pueden ofrecer defensa alguna y mueren, en un solo segundo, sin que ninguno de los mecanismos que el cuerpo posee para luchar contra la infección pueda ser empleado.

Todio Isokima se pasó la mano por el rostro.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, profesor Funker. ¿Cómo es posible que tantos y tantos dispositivos como posee el organismo humano no puedan contraatacar una infección, por virulenta que ésta sea?

—Tenemos claros ejemplos, estudiados por nosotros con todo detalle, de procesos patológicos infecciosos casi fulminantes. Pero la velocidad del proceso, incluso cuando las defensas del individuo están gastadas, dura horas, días, incluso semanas. Una septicemia de los viejos tiempos anteriores a los antibióticos duraba el tiempo suficiente para que el médico hiciese algunos intentos. Comprenderán ustedes que hacía muchísimo tiempo que habíamos borrado definitivamente del lenguaje médico la palabra «muerte fulminante».

Hans Funker suspiró.

—Hemos hablado de eso miles de veces, profesor Isokima. Es ganas de dar vueltas, girando y girando sin cesar en un círculo vicioso. Hemos estudiado todo, repasado el amplio campo de la microbiología, pensando incluso que alguna cepa de gérmenes no hubiese podido ser destruida por los medios que hemos puesto al alcance de la humanidad. Durante estos últimos veinticinco años, la ciencia ha borrado de la superficie de la Tierra y de la Luna todas las bacterias y microbios que habían sido hasta ahora nuestros enemigos. Verdad es que nos hemos visto obligados a sustituirlos por otros microbios no patógenos, sobre todo desde el descubrimiento de esa ley que nos ha demostrado que todo organismo vivo, aunque aparentemente sea nuestro enemigo, tenía una misión en la organización vital en nuestro inmenso planeta.

»Todavía recuerdo —añadió sonriendo— las ideas de algunas gentes sobre los animales molestos y desagradables. ¿Quién de nosotros no ha oído alguna vez a sus padres o abuelos preguntarse por qué diablos existían las moscas? ¿Y los mosquitos? Muchos animales, de todos los tamaños, fueron juzgados como innecesarios y se desarrolló una violenta lucha contra ellos. Esto era explicable en los mamíferos, últimos estados de una fracasada evolución; pero nosotros hemos visto que los microbios formaban parte de ese enorme cuerpo vital de la tierra. Y por eso, al destruir los malos, hemos tenido que regenerar en gran cantidad los microorganismos cuya falta podía desequilibrar el panorama biológico de nuestro

planeta.

»Eso nos ha hecho pensar también en la posibilidad de que esas muertes fulminantes hubiesen sido causadas por algunas cepas de microbios lanzados al mundo por nosotros y que, tras modificarse por procesos hereditarios vertiginosos, se hubiesen convertido en patógenos. Pero todo eso no podrá ser aclarado hasta que Ives Lamain y Jiro Shindo regresen de su peligrosa expedición.

—Cuente usted con ello, profesor Funker —dijo Danny.

—Ojalá no se equivoque usted —repuso el alemán—. Porque si no podemos examinar un cadáver, si no podemos estudiar lo que ha pasado en su interior, si desconocemos por completo el proceso patológico de esa infección que está mermando a la humanidad a una velocidad escandalosa, no tendremos más remedio que considerarnos vencidos y esperar que la ola de muerte que viene del sur, llegue hasta nosotros para aniquilar una civilización en la que, por fin, podíamos empezar a sentirnos felices.

Y tenía toda la razón.

En los últimos lustros, el hombre había empezado a sonreír de veras por vez primera. Se habían terminado definitivamente los problemas estúpidos que durante tantos siglos habían sido como una lacra incomprensible para las mentes despiertas. La palabra política perdió todo su valor, que ya había empezado a decrecer durante la segunda mitad del siglo veinte, para dejar paso a la economía racional, que era la única que podía convertir a un mundo dividido y opuesto en aquel organismo armónico que ya empezaba a ser.

Y, a pesar de las diferencias lingüísticas y de hábito, el hombre había llegado a comprender que todo aquello no significaba absolutamente nada y, surgidos de un mismo tronco, los seres humanos tenían el deber de ayudarse los unos a los otros, de colaborar en la empresa colosal que iba a llevarlos a aquella época dorada que sus antecesores, a lo largo de siglos y hasta de milenios, habían soñado conocer.

Por eso, en aquellos momentos en que los hombres de ciencia y las autoridades de todo el mundo podían mostrarse satisfechos de una labor positiva y realmente eficaz, la sombra de una muerte terrible, instantánea, fulminante, como la había calificado el profesor Hans Funker, venía a oscurecer un cielo que hasta entonces

había aparecido ante los ojos de los humanos como el marco adecuado para un amanecer nuevo que fuera como el inicio, los primeros pasos, de un mundo cuya conquista había costado miles de años.

CAPÍTULO II

a lancha que les conducía desde la costa italiana, en plena noche, pertenecía a un tipo bastante antiguo, de propulsión atómica de pila, pero era lo bastante rápida para salvar en pocos minutos la distancia que les separaba de la costa siciliana. Habían esperado, en un hotel de una pequeña localidad, que se hiciese de noche. Con los trajes que les había proporcionado el Centro Científico de París no podían pasearse por las calles, ya que tales uniformes consistían en un revestimiento completo, fabricado con una sustancia plástica especial, sin porosidad alguna y que, por lo tanto, constituían una barrera de primera clase que detendría infaliblemente la penetración de cualquier clase de microbio.

El plástico era transparente en su totalidad y permitía que se vieran los trajes que los dos hombres llevaban puestos. A partir del cuello, el vestido especial se dilataba en forma de campánula. Cubría enteramente la cabeza y mantenía el cuerpo absolutamente

aislado del exterior. Era quizá por eso que los depósitos de oxígeno, aplanados y de forma relativamente parecida a las antiguas cantimploras, pegadas al dorso de cada uno de ellos, producían un abultamiento, una giba, que hubiese llamado la atención de haber circulado por las calles con aquella indumentaria verdaderamente fantasmagórica.

Pero no había más remedio.

Las instrucciones recibidas de París, al mismo tiempo que los trajes, recomendaban bien a las claras mantener, fuera como fuese, un aislamiento absoluto del exterior. El más pequeño desgarro en el traje pondría al que lo llevase en la peligrosa posibilidad de recibir el ataque de aquellos microorganismos responsables, en principio, de la llamada muerte fulminante.

Desde el principio, cuando empezaron a llegar a los centros científicos del mundo, y principalmente al de París, las noticias de aquella muerte instantánea que se originó en territorios africanos y asiáticos, así como en algunas regiones de la gigantesca isla de Australia, la Torre de la Ciencia se preocupó de enviar informadores y observadores que pudieran proporcionarle los datos necesarios, así como las piezas anatómicas que precisaría para hacer un estudio completo de aquella nueva enfermedad.

Pero no cosechaban más que fracasos.

Porque todos los enviados, algunos de ellos jóvenes científicos de gran valía, murieron en el empeño y cayeron, segados por la fría guadaña, de la misma manera que los habitantes de aquellas regiones donde había aparecido, por vez primera, el brote maléfico y fatal.

Fue a partir de aquel momento que se pensó enviar a la zona más próxima de infección a dos hombres preparados, dispuestos, capaces de llevar a cabo la investigación y proporcionar a la ciencia humana los detalles que ésta necesitaba para llevar cabo el estudio de la terapéutica que pudiera ser aplicada en aquella misteriosa y letal dolencia.

Trabajando en el Instituto de Biología mundial, en una de las plantas del rascacielos de París, tres jóvenes se habían destacado en muchísimas ocasiones por su valor y sangre fría. Y fue a ellos precisamente a quienes se les encomendó la peligrosa misión. Uno de ellos, al que ya hemos conocido en la sala de reuniones de los

biólogos, era Danny Hanson, un americano de unos veinticinco años de edad, estudiante privilegiado de una universidad californiana, que, junto a sus compañeros, Ives Lamain, francés, y Jiro Shindo, japonés, formaba el trío que fue elegido para conseguir de cualquier manera el cadáver necesario para los estudios que debían realizarse en el Centro Anatómico de la Torre de la Ciencia.

Habiéndose descubierto que la misteriosa infección, nacida en los puntos anteriormente citados, avanzaba rápidamente hacia el norte, habiendo causado cientos de miles de muertes en su principio y millones después, a lo largo del continente negro, de Asia Menor y después en Europa, donde penetró por Grecia y Sicilia, Ives y Jiro llegaron a la conclusión de que lo mejor era dirigirse a este último punto. Y ahora, en aquella noche brumosa y oscura como boca de lobo, los dos jóvenes, con los trajes puestos para protegerse de la infección, dirigían su lancha hacia las costas de una isla a la que la muerte había llegado y a donde, con un poco de suerte, podrían encontrar el cadáver que habían de llevar lo más rápidamente posible a París.

Para este menester, los científicos habían dispuesto otro traje, completamente idéntico al que llevaban los dos jóvenes investigadores, pero sin depósito de oxígeno, ya que el muerto no lo necesitaba. Una vez hubieran encontrado el cuerpo buscado, tendrían que recubrirlo con el traje especial para evitar, fuera como fuese, que los microbios que habían producido la muerte y que seguramente se alojarían aún en el interior de los tejidos, no pudiesen abandonar el cuerpo y extender la infección de manera desastrosa.

Ives Lamain era un muchacho alto, moreno, de piel oscurecida por los rayos solares. Era de carácter esencialmente galo; tenía siempre la sonrisa en los labios y la broma despierta y rápida. Por el contrario, su compañero, Jiro Shindo, era la seriedad personificada y apenas si hablaba, prefiriendo encerrarse en ese mutismo que ha hecho tan famoso el concepto de rostro impenetrable de los orientales. De todos modos, Ives y su compañero estaban unidos por una intensa y larga amistad, mucho más de lo que puede comprenderse por camaradería corriente. Habían pasado mucho tiempo juntos y trabajado en los mismos laboratorios, a las órdenes de los mismos profesores, teniendo que realizar en grupo, junto a

Danny Hanson, misiones especiales, a veces peligrosas y otras veces pesadas y largas que habían puesto a contribución el perfecto equilibrio nervioso de los tres muchachos.

Para comunicarse entre sí, a pesar de aquellos trajes herméticamente cerrados, cada uno de ellos iba provisto de una diminuta pero potente emisora que les permitía conversar en cualquier ocasión y a una distancia que podía llegar a las doce millas. Ahora, mientras se acercaban a la costa de Sicilia, permanecían en silencio, ya que Shindo guiaba el vehículo y su compañero Lamain observaba atentamente, haciendo esfuerzos por penetrar en las tinieblas que le rodeaban, buscando el punto donde habían calculado desembarcar para después dirigirse hacia una de las pequeñas poblaciones costeras.

Impregnados por la importancia de su misión, conscientes de lo que se esperaba de ellos, ambos estaban dispuestos a hacer lo que fuese por conseguir aquel cuerpo que iba a ayudar a los sabios de París a resolver uno de los problemas más gigantescos que se había planteado la humanidad desde hacía muchísimo tiempo.

En cuanto tuvieron la costa delante, Shindo manejó hábilmente la lancha y ésta se acercó de costado, hasta que la quilla rozó el fondo arenoso de una pequeña playa a la que acababan de arribar. Ágilmente, Lamain saltó fuera y, ayudado por su compañero colocó la barca, anclándola de manera que el oleaje, que no era muy fuerte, no pudiese arrastrarla, ya que necesitaban aquel vehículo para regresar de nuevo a Italia.

En condiciones normales, los dos muchachos hubieran podido utilizar uno de los muchísimos aparatos que la gama de la aeronáutica moderna había puesto a disposición del hombre. Los había de todas clases y tamaños y todos ellos poseían una seguridad de vuelo absoluta. Estaban ya muy lejos aquellos tiempos en que incluso los nuevos modelos de aviones y helicópteros podían ofrecer un peligro. La ciencia de navegación aérea había evolucionado tanto en los últimos años que podía asegurarse que no se había producido ningún accidente hacía ya más de tres décadas.

Pero la llegada por el aire hubiera podido llamar la atención a los medios de detección que existían en Sicilia. Y como los dos jóvenes no sabían si la totalidad de la población había sido afectada por la enfermedad de la muerte fulminante, no querían exponerse a

ser descubiertos y asaltados por los curiosos que, debido al estado de excitación y de pánico que reinaba en la isla, hubieran podido mostrarse peligrosamente hostiles.

Una vez que hubieron dejado la barca en condiciones de permanencia segura, Ives y el japonés, después de consultar el pequeño plano de que se habían provisto, echaron a andar por un estrecho sendero, que bordeaban grandes viñedos, la mayoría de los cuales ofrecían la fantástica visión de sus cepas recluidas dentro de una serie de campánulas de plástico, lo que demostraba que estaban siendo sometidos a una maduración acelerada por la energía atómica, única manera de obtener cuatro y cinco cosechas al año, procedimiento que se utilizaba ya en casi todas las partes del mundo.

Pero los dos jóvenes no hicieron más que lanzar una ojeada desinteresada a la plantación y siguieron su camino, llevando el japonés en la maleta que colgaba de su brazo izquierdo el traje plegado que debía serle colocado al cadáver.

Tuvieron que caminar cerca de veinte minutos antes de llegar a las primeras casas de un pueblo.

La primera cosa que les llamó la atención fue la completa oscuridad que reinaba allí. Si la invasión microbiana se había producido, como suponían, tres semanas antes, era lógico que, afectados los servidores de las pilas atómicas destinadas a proporcionar luz y energía a la isla, éstas hubieran dejado de funcionar.

Había algo de siniestro en aquel pueblo, en sus calles oscuras y solitarias, en la altura de las cerradas casas que se levantaban, a ambos lados de la calle, como mudos y perezosos gigantes, que estuviesen sumidos en un sueño del que jamás saldrían.

Avanzando cautelosamente por una de las aceras, no tardaron en descubrir algunas siluetas que cruzaban rápidamente la calle y luego, de una ventana, en el primer piso, brotaron alaridos y llantos, proferidos por la garganta de una mujer, presa de una gran crisis nerviosa, fácilmente explicable ya que, como pudieron comprender, había descubierto, al llegar a su casa, los cadáveres de sus hijos y de su esposo en posturas grotescas, en las que la muerte les había sorprendido.

Parecía como si un vapor maléfico flotase por todas partes.

Al fondo de la calle había una plazuela y allí se hallaba reunida una gran multitud. Se oían gritos, imprecaciones, juramentos y maldiciones. Aterrorizados, los habitantes de aquel pequeño pueblo se habían reunido, los que todavía no estaban afectados por la enfermedad, intentando protestar y encontrar en sus gritos una inexistente defensa contra el mal que planeaba sobre ellos.

A pesar de la distancia que les separaba de la plaza, los dos jóvenes no pudieron contener un estremecimiento de horror al ver las escenas de pánico, de misticismo religioso, que se producían en la pequeña plaza. Había quien gritaba desesperado contra las autoridades, contra los médicos, contra la ciencia entera. Otros, dejándose llevar por el miedo, se arrastraban por el suelo reclamando un poco de piedad. Algunos grupos estaban de rodillas, orando mansamente, esperando en los últimos momentos de su vida recibir como premio a su arrepentimiento la seguridad de una vida eterna.

Otros, haciendo revivir escenas de vieja y olvidada hechicería, conjuraban poderes mágicos, practicaban hechizos o se frotaban con extraños y ridículos amuletos el cuerpo y el rostro, como si deseasen impedir que los invisibles microbios penetrasen en ellos.

Hubiese sido necesaria la vigorosa pluma de Dante para describir las impresionantes escenas que se desarrollaban allí, en el reducido teatro de la pequeña plaza del pueblo, donde todos los actores, fatalmente, estaban condenados a muerte.

Y ésta no tardó en llegar.

Cuando cayeron los primeros, como fulminados por un poder maléfico, los que estaban a su lado se apartaron, horrorizados, huyendo y atropellándose entre sí. Pero de poco les valió apartarse de los atacados por la muerte que, en realidad, también estaba ya en ellos. Lanzando gritos espantosos, los pocos que todavía quedaban con vida saltaban sobre los cuerpos de sus compañeros, mirándolos con recelo, con asco, con temor. Allí se vieron las escenas más espantosas que concebir se puede. Mujeres que tenían a sus niños en los brazos y que, cuando éstos quedaron muertos, los arrojaron lejos, pensando solo en defenderse contra la invisible oleada de la muerte que, en vertiginoso remolino, les envolvía a todos.

Pero no hubo piedad para nadie.

Quince minutos después de la caída de la primera criatura humana, la plaza no era más que un enorme y disparatado montón de cadáveres. Algunos de ellos estaban amontonados y otros entrelazados, abrazados entre sí como si hubieran querido dar una postrer muestra de fidelidad cuando la fría dama de afilada guadaña llegó junto a ellos.

Sobrecogidos por el espectáculo de que acababan de ser testigos, los dos jóvenes tardaron bastante tiempo en reaccionar. Era tan espantoso lo que se había desarrollado ante ellos, tan tremendamente inhumano, como algo que estuviera situado más lejos de la vida y de la muerte, en un panorama de pura ficción, como la pesadilla de un ser demenciado, que se quedaron detenidos, parados, en estólida postura, sin saber qué hacer ni qué decir, como si la helada brisa de la muerte hubiese llegado hasta ellos e, incapaz de poseerles de la misma manera que a los desgraciados que habían caído en la plaza, les envolviera, inmovilizándoles por completo.

Fue el japonés quien reaccionó primero y su voz aguda llegó hasta los auriculares que Ives llevaba puestos.

Exclamó:

—Tenemos que hacerlo, muchacho.

Lamain hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Es cierto —dijo, dando el primer paso.

Avanzaron, pegados a la pared, como si temiesen el contacto con las cosas que habían en el suelo, ya que no podían llamarse seres humanos aquellos cuerpos que la muerte habían convertido en objetos inútiles en un tiempo increíblemente breve.

Haciendo de tripas corazón, Lamain y Shindo se acercaren a un cadáver, que era justamente el de una hermosa muchacha de unos dieciocho años, de cabellos morenos, cuyos grandes ojos rasgados y negros miraban hacia el cielo en un postrer intento de comprender algo que seguramente hasta entonces le habían escapado.

Jiro abrió la maleta y sacó prestamente el traje de plástico. Ayudado por su compañero, cubrió el cuerpo de la muchacha y luego, cogiéndola el francés por los hombros y el japonés por los pies, ambos se alejaron rápidamente de allá, rozando las negras paredes de las casas y dejando atrás, además de los muertos, el clamor de los pocos vivos que quedaban, ya que volvieron a oír los

alaridos desesperados de aquella mujer, que salían por la ventana abierta del primer piso de una casa y que eran como la expresión viva y alucinante de una pesadilla difícilmente explicable.

Cuando llegaron a la barca, tenían el cuerpo cubierto de sudor. Habían andado lo más rápidamente posible y el peso de la muchacha, aunque ligera en principio, parecía haber ido aumentando a medida que se acercaban a la orilla del mar.

Finalmente, dejaron la envoltura de plástico, que daba al cadáver de la joven un aspecto un tanto fantasmagórico, sobre el fondo de la embarcación. Subieron luego a ella y Shindo, sin haber pronunciado una sola palabra más, puso en marcha el motor e hizo que la barca retrocediese para después, tras girar en redondo, apuntar con la proa hacia la infinitud del mar.

Atrás, alejándose cada vez más, quedaba la costa de la isla de Sicilia. Y volviéndose hacia aquel lugar, que se perdía rápidamente entre las densas sombras de la noche, Ives Lamain se dijo que otro trozo de tierra, otro pedazo del planeta, se había convertido, como otros extensos territorios ya, en una gigantesca tumba, abierta a un cielo implacable, cuyo sol empezaría al día siguiente a descomponer los cuerpos de hombres, mujeres y niños, que habían sido atacados por un mal que la humanidad no esperaba en una época donde todo era resplandeciente armonía.

CAPÍTULO III



uando llegaron a Italia, los dos jóvenes fueron recibidos por un equipo especial, que ya les esperaba allí, dependiente también del centro científico de París. Un vehículo les condujo a uno de los terrenos de aviación más próximos, donde un aparato moderno, multireactor, con una cabina enorme, albergó cómodamente a todo el equipo, después de colocar el cadáver de la muchacha sobre una plataforma especialmente preparada para el caso.

Menos de una docena de minutos bastaron para que el aparato aterrizase, tras cambiar su mecanismo de propulsión horizontal por otro vertical, en la terraza del tremendo edificio de la Torre de la Ciencia. En cuanto llegaron allí, y mientras los hombres del equipo descargaron el cuerpo, Ives Lamain se puso en comunicación, por el sistema televisivo de circuito interno, con la sala donde seguían reunidos los profesores encargados de resolver aquel grave problema.

—Lo hemos conseguido, profesor Dark —dijo el joven, cuando reconoció la voz y vio la imagen, un poco después, sobre la pequeña pantalla de televisión—. Hemos traído un cuerpo.

—Perfectamente —repuso David Dark—. Ordene usted que lo conduzcan inmediatamente al quirófano automático de la planta ocho. Nosotros vamos en seguida.

—De acuerdo.

Pronto estuvieron todos los miembros de la sección científica y los tres jóvenes pertenecientes al equipo de ayudantes biólogos en aquella descomunal sala, donde estaba situado uno de los quirófanos más modernos del mundo. En realidad, en el centro de la sala había otra, con paredes de grueso cristal, en cuyo interior se hallaba la mesa de intervenciones, asistida por el procedimiento descubierto cincuenta años antes para la llamada «cirugía a distancia».

Desde el último tercio del siglo veinte, cuando los cirujanos habían conseguido verdaderas maravillas, tuvieron que llegar a la triste conclusión de que la mano humana, a pesar de ser considerada como el instrumento más perfecto de la Creación, no poseía la fineza necesaria para ciertas intervenciones que se hacían cada vez más precisas, dentro de un campo operatorio progresivamente minúsculo.

El dominio de las electrónica y, sobre todo, el descubrimiento de la posibilidad de utilizar los rayos luminosos sin que éstos difundieran, como comúnmente lo hacen en la naturaleza, hacia todas partes, habían hecho avanzar tanto los métodos de corte y disección, que hicieron abandonar casi por completo los más finos escalpelos utilizados hasta entonces.

Gracias a los rayos luminosos dirigidos, se pudo conseguir lo que hasta entonces no se había logrado. Porciones pequeñísimas de tejidos, células incluso, habrían podido ser cortadas a capricho del microcirujano, con una limpieza verdaderamente extraordinaria.

En la parte exterior de aquella especie de caja de cristal, en lo que podía llamarse el lado norte, existía un sillón ante el que se extendían una serie de mandos en un tablero de considerables dimensiones. El cirujano se sentaba allí y, teniendo delante de él media docena de pantallas de televisión, correspondientes a otros tantos enfoques, microscópicos, podía, manejando los mandos,

dirigir una serie de procedimientos electrónicos y luminosos para abrirse paso, con una facilidad pasmosa, en la intrincada red de los tejidos que debía operar o disecar.

La existencia de la tremenda caja de cristal estaba justificada por varias causas pero, sobre todo, por la necesidad de someter al cuerpo que iba a ser operado o disecado a una temperatura bastante inferior a cero, ya que el avance de la llamada hibernación facilitaba enormemente la tarea de los cirujanos de los tiempos modernos.

Se había descubierto, en efecto, que todos los peligros de la gran cirugía residían precisamente en ese golpe brutal que recibe el cuerpo humano cuando los bisturíes penetran, desgarran y rompen, abriendo grandes orificios o introduciéndose hasta zonas delicadísimas, reaccionando entonces el organismo con lo que ha venido llamándose «choque operatorio».

Disminuyendo la temperatura del cuerpo humano hasta muchos grados bajo cero, se consigue disminuir el ritmo vital del cuerpo; es decir, aquellas funciones que, por ser más delicadas, están más expuestas a los sufrimientos de una gran intervención quirúrgica.

La circulación y la respiración, así como la vida celular, se ven de este modo aminoradas y reducidas hasta tal punto que la sensibilidad y los peligros del «choque operatorio» desaparecen por completo. El individuo queda en una especie de muerte aparente y ya dejan de existir los peligros de las grandes hemorragias, de las descargas traumáticas y de otros procesos fisiológicos que en la antigua cirugía producían casi siempre la muerte.

Pero la gruesa pared de cristal especial, cuarzo mezclado con sustancia durísima, que rodeaba el singular quirófano, tenía también otra utilidad; en caso de tener que operar o intervenir en cuerpos que habían sufrido grandes infecciones, los cirujanos y sus ayudantes estaban a salvo, pudiéndose aislarse los microbios que, recogidos por una singular maquinaria, eran después examinados, sin tener que entrar para nada en contacto directo con ellos.

Éste era el caso del cadáver de la joven recuperada en Sicilia.

Mientras el profesor japonés Todio Isokima se sentaba en el sillón de cirujano y examinaba rápidamente los múltiples mandos que tenía ante sí.

Walter Moore se volvió hacia sus compañeros y dijo:

—Esta autopsia va a desarrollarse en dos fases: en la primera nos ocuparemos de un examen general del organismo, desde el punto de vista microscópico. Para eso, antes de cortar, vamos a utilizar el aparato de rayos X y efectuaremos una serie de tomografías, lo que quiere decir que iremos haciendo una serie de radiografías paralelas, como si cortásemos imaginativamente el cuerpo a distintas alturas. En segundo lugar, haremos un examen microscópico de aquellas zonas en que hayamos descubierto alteraciones importantes producidas por los microbios, terminando por examinar éstos, que seguramente habrán quedado en los tejidos más atacados.

A pesar de la serenidad que aquellos hombres de ciencia ofrecían ante fenómenos singularmente oscuros, sus rostros expresaban ahora una emoción que no podían contener. Y todos ellos miraban hacia el cuerpo de la joven, que en aquel momento desnudaba por completo un par de manos metálicas, manejadas desde los mandos por el profesor japonés.

No sólo había dos manos metálicas, sino cerca de medio centenar, de todos los tamaños y cada una de ellas dotadas con aparatos especiales, yendo desde la sencilla mano articulada que ahora empleaba Isokima para quitar las vestiduras a la joven, hasta otras complicadísimas, portadoras de rayos luminosos o de chispas electrónicas, que hacían posible realizar toda clase de operaciones, sin necesidad de entrar en el enorme depósito de cristal.

Cuando las vestiduras y el traje especial que habían puesto a la joven hubieron desaparecido, un aparato móvil de rayos X, en la última versión obtenida, capaz no solamente de fotografiar en negro y blanco, sino de introducirse entre los tejidos y de proporcionar en las cámaras de televisión imágenes de los órganos en sus colores naturales, empezó a moverse en el interior de la cápsula de cristal, hasta colocarse después sobre el cuerpo de la joven, a una distancia de unos cincuenta centímetros. Todio Isokima, atento, había situado la placa receptora y conectado el aparato para que hiciese fotografías y, al mismo tiempo, reprodujese las que estaba haciendo, a todo color, en una pantalla de televisión ante la que se habían sentado el resto del equipo.

Un suave rumor, apenas perceptible, indicó a los presentes que el aparato de rayos X estaba empezando a funcionar.

Se aclaró la pantalla y aparecieron una serie de líneas concéntricas que se movían a bastante velocidad y que luego fueron disminuyendo de intensidad hasta que, de repente, apareció el primer plano, justo debajo de la piel de la joven, reproduciendo por entero las vísceras situadas inmediatamente debajo de la piel.

Como el profesor japonés tenía frente a él otra pantalla para guiarse en aquella manipulación, concentró primeramente el foco de los rayos X en el abdomen, y en su pantalla, así como en la gigantesca ante la que estaban sentados sus compañeros, aparecieron con una claridad y con un colorido extraordinario los órganos abdominales de la muchacha, que los profesores examinaron, sin encontrar en ellos alteración microscópica alguna.

Todio Isokima fue moviendo la pantalla y la imagen subió, pasando por el diafragma, dejando abajo el estómago, el hígado y el páncreas, para enfocar los pulmones y el corazón, que tampoco parecían ofrecer ninguna anomalía visible.

La pantalla subió más y pudieron entonces observar el interior de la cabeza, el cerebro, el encéfalo, el bulbo raquídeo, complicado centro del sistema nervioso y los órganos del sensorio. Allí se detuvo la pantalla bastante tiempo, en enfoques sucesivos, más o menos grandes, pero ninguno de los científicos que estaban mirando la gran pantalla de televisión, ni el mismo Todio Isokima, pudieron descubrir la menor huella de una lesión que explicase aquella muerte fulminante.

Los miembros superiores e inferiores fueron observados después con bastante rapidez y Todio, consciente de que nada podía verse microscópicamente, se decidió a empezar la autopsia.

Largos brazos metálicos, articulados en numerosos codos, brotaron de la pared norte, donde estaban situados casi todos los aparatos, y avanzaron hacia el cuerpo de la joven.

Ives Lamain, que se había levantado de su asiento, acercóse hasta colocarse junto a la pared de cristal, dejando que sus compañeros y los profesores siguieran examinando los movimientos de aquellas manos metálicas a través de la pantalla de televisión, que seguía mansamente los movimientos de los brazos de acero.

Observando el cuerpo de la muchacha, el joven francés no pudo por menos de experimentar una sensación de congoja. Y, aunque no le faltaba costumbre y había asistido a multitud de intervenciones y

de autopsias, pensó en lo triste que era contemplar un organismo que hasta hacía poco había estado lleno de vida, aniquilado por una muerte cruel e incomprensible, sobre todo dado el estado avanzado de la medicina y de la cirugía.

Las manos metálicas, en el extremo de los largos brazos, conducidas hábilmente por Todio Isokima, moviéndose con una dulzura extraordinaria, terminaron por posarse en el cuerpo de la muchacha y una de ellas, con un lápiz que dejaba un trazo azulado, dibujó las líneas que descargas electrónicas de alta frecuencia iban a convertir, instantes después, en las aberturas por donde otras manos penetrarían para ir extrayendo del cuerpo los órganos que habían de ser examinados después microscópicamente.

Incapaz de seguir asistiendo a aquel desgarre fantástico, mientras las manos penetraban en el cuerpo para extraer limpiamente las vísceras, Ives Lamain volvióse y entornó los ojos, sin ni siquiera querer mirar la pantalla donde los movimientos de las manos metálicas se veían con una claridad formidable.

Sacadas del organismo de la desdichada joven, las vísceras fueron siendo colocadas por las manos encima de una serie de plataformas transparentes, en un orden perfecto, manejando aquellos delicados órganos con un cuidado exquisito. Después, la mano perforadora lanzó sus rayos de luz concentrados y el cráneo se abrió por la mitad. Otras dos manos sacaron el cerebro y los órganos nobles del sistema nervioso.

La baja temperatura hacía que ninguna sustancia líquida saliese del organismo que estaba sufriendo la autopsia. Las aberturas realizadas por el fantástico escalpelo de rayos luminosos eran limpias, de bordes precisos, de dimensiones exactas para que las minúsculas manos que ahora trabajaban en la cabeza pudiesen, por grupos, sacar los órganos que iban a ser examinados más tarde.

Finalmente, cuando la necropsia hubo terminado, Todio Isokima se dispuso a manejar los mandos que iban a poner en marcha el fabuloso mecanismo que haría posible el examen de los tejidos y de las células bajo las potentes lentes del microscopio electrónico.

Pero, antes, unas manos cogieron los órganos recientemente extraídos del cuerpo de la desdichada muchacha y los hicieron pasar bajo un chorro de anhídrico carbónico que los heló en un abrir y cerrar de ojos. Convertidos en sustancia sólida, fueron

deslizándose por una mesa dotada de una correa sin fin, hasta parar ante una especie de cuchilla giratoria que cortó aquellas piezas anatómicas con una finura tan extraordinaria que cada una de las laminillas obtenidas de aquella manera no tenía más de una cienmilésima de milímetros de grosor. Las delicadas piezas apenas visibles, fueron recogidas por manos dotadas de mecanismos magnéticos que las llevaron después a la enorme platina circular del microscopio electrónico. Allí mismo, minúsculos proyectores lanzaron sobre las piezas líquidos que iban a teñir las diferentes partes del tejido para facilitar su observación. No hizo falta que el cerebro de Todio Isokima interviniese para nada en aquello. Todo estaba controlado de tal modo que los dispositivos de los colorantes funcionaban de una manera automática y lanzaban las sustancias especiales y necesarias en cada caso.

Así, mientras los tejidos conjuntivos y sus variedades eran teñidos por procedimientos corrientes en rojo, azul y verde, se utilizaba un tinte especial para el tejido nervioso, que impregnaba las células con un hermoso color tabaco. Porque, a pesar del tiempo transcurrido, los tintes ideados en pleno siglo veinte seguían empleándose como los más adecuados para las observaciones microscópicas.

Momentos después, el tubo del gigantesco microscopio electrónico descendía hasta conseguir el enfoque preciso y las primeras imágenes se proyectaban en la gigantesca pantalla de televisión, abriendo así ante los ojos de los profesores los misterios íntimos de la vida, el trenzado de las células y de las fibras, ese mecanismo misterioso donde se ocultan los arcanos de la existencia.

Por docenas, las preparaciones fueron desfilando ante los biólogos, sin ofrecer más que la estructura normal que todos ellos conocían de memoria. Así pudieron comprobar que nada anormal había ocurrido en el corazón, en los pulmones, en el hígado, en el bazo, en el estómago, en el páncreas, en las largas asas intestinales, los tejidos de los riñones o en el interior de los órganos de reproducción. También se les ofrecieron algunas imágenes de los cortes de los huesos, realizados por el procedimiento del bisturí electrónico y tampoco pudieron ver nada extraordinario en los magníficos panoramas que ofreció el microscopio de cortes hechos en la piel y en el tejido conjuntivo subyacente.

Una impaciencia natural empezaba a pintarse en los rostros de los biólogos.

Generalmente, pensaban, una infección no produce sólo lesiones en los puntos donde los microbios se reúnen y atacan, sino que las perturbaciones en muchas funciones van acompañadas de lesiones lejanas, que explican así un poco el mecanismo de la enfermedad que se ha desarrollado.

Allí no se veía nada de eso.

Finalmente, el microscopio empezó a proyectar sobre la pantalla de televisión los primeros cortes del tejido nervioso, desfilando así ante los ojos de los espectadores las conocidas estructuras de la médula espinal, que tampoco mostraban huella alguna que explicase poco ni mucho lo que había ocurrido en el cuerpo de la muchacha.

Empezaban ya a impacientarse de veras cuando, de repente, apareció la primera proyección de un corte de cerebro y una exclamación brotó de los labios de todos ellos. David Dark, extendiendo el brazo, exclamó:

—¡Ahí lo tenemos! Miren esa pirámide cerebral, aunque ya no tiene nada de pirámide. ¿Lo ven?

—En efecto —dijo Walter Moore—. Esa célula parece haber sido destrozada brutalmente.

—Es tremendo —dijo Hans Funker—. Parece como si hubiese estallado desde el interior.

—Yo diría —intervino Yolande Versal— que es como si hubiese recibido un impacto directo. Observen los bordes desgarrados y ese minúsculo orificio que, exagerando un poco, me parece el que generalmente produce un proyectil al entrar en el cuerpo humano. ¿No lo ven como yo?

Los demás asintieron con un gesto de cabeza.

Era curioso, en efecto, el aspecto que ofrecían aquellas gigantescas células cerebrales, de conocida forma piramidal, que aparecían truncadas y desgarradas. En todas ellas aparecía un orificio a partir del cual su delicada sustancia había estallado por doquier.

Los biólogos estaban perplejos.

Y mientras las preparaciones seguían desfilando ante ellos, todas ellas del tejido cerebral, con la misma manifestación en las células

de aquella noble parte del cuerpo humano, se preguntaban qué raro fenómeno podía haber producido aquellos desgarros, aquellos orificios, no habiendo en las preparaciones nada que pareciera un microbio o un organismo minúsculo sobre el que pudiera caer la responsabilidad de aquellos destrozos.

Y fue entonces, mientras observaban en silencio el desfile ininterrumpido de las microfotografías, cuando la voz emocionada de Todio Isokima llegó hasta ellos.

—¡Vengan, por favor!

Abandonaron todos los asientos y corrieron casi hacia el sillón en el que se encontraba el profesor japonés. Éste, señalando uno de los cuadros que tenía ante él, les hizo ver los movimientos vertiginosos de una aguja que saltaba de un lado para otro, marcando cifras de diferente valor.

—¿Lo ven?

Hans Funker se acercó y miró con fijeza aquella bailarina aguja.

—No hay duda —dijo, con una emoción apenas contenida—: Algo está moviéndose velozmente en el interior de la cápsula de cristal.

Y así debía ser.

Aquella aguja estaba conectada con un sistema parecido al utilizado en el siglo anterior y conocido con el nombre de «cámara de Wilson», pero sin necesidad de la oscuridad de aquella cámara. Un mecanismo capaz de captar la presencia de cualquier partícula móvil, incluso del tamaño de un electrón, que se moviese libremente en el interior de la cámara de cristal.

Se miraron, con asombro.

—Hemos de conectar inmediatamente el sistema de control de partículas —dijo Walter Moore—. Su trayectoria y los choques nos darán sus características, si ponemos en marcha el sistema del cerebro electrónico para que las mida. ¡Hágalo, por favor, profesor Isokima!

El japonés movió una serie de palancas, apretando luego cuatro o cinco botones de diferentes colores. Una oscuridad completa se hizo en el quirófano y sólo quedó la luz difusa y apenas perceptible de las dos pantallas de televisión, la pequeña que Todio Isokima tenía frente a él y la grande, hacia la que se dirigieron, casi a tientas, el resto del equipo científico.

Puestos en marcha los procedimientos para la fotografía y cinematografía de las partículas ultrapequeñas, no tardaron en ver un punto luminoso que atravesaba la pantalla y giraba, describiendo una curva perfecta, para moverse luego a gran velocidad. Debido a la reducida escala en que aparecía en la pantalla, podía comprenderse que se veía en ella la totalidad de la sala de paredes de cristal.

Pero el asombro de los profesores llegó al máximo cuando vieron que las evoluciones de aquella partícula, a la que poco después siguió otra, no tenían nada que ver con las de las partículas que hasta entonces habían estudiado, teniendo que llegar forzosamente a la conclusión de que aquellos dos puntos luminosos no seguían, en absoluto, las leyes generales de la Física y que, por lo tanto, no podían ser nada que hubiesen estudiado hasta el momento.

CAPÍTULO IV


ncienda la luz, Isokima!

El japonés obedeció a las palabras que acababa de pronunciar Hans Funker. Éste se puso inmediatamente en pie e hizo un gesto a Todio para que abandonara el sillón de mando y se acercase a ellos.

Cuando Isokima estuvo sentado al lado de sus compañeros, el alemán, que había estado mordisqueándose los labios nerviosamente, rompió el silencio y dijo:

—Esperaremos a que el cerebro electrónico nos dé los cálculos matemáticos de las trayectorias. Pero casi me atrevo a afirmar ya que nos encontramos ante dos partículas que no obedecen en absoluto las leyes de la física en general. ¿Qué les parece si llamásemos a Vidov?

Nadie dudó.

—Es una magnífica idea —dijo Duvivier.

Funker se volvió hacia Danny Hanson, que estaba sentado a su derecha.

—Haga el favor de decir al profesor Vidov que venga, Hanson.

—Perfectamente, profesor.

El joven se alejó hacia el intérfono con video, que estaba situado en un ángulo de la amplia estancia. Mientras, Hans Funker, que no dejaba de manifestar un nerviosismo creciente, dijo:

—Estoy pensando si es posible que una nueva raza de microbios pueda estar dotada de movimientos tan rapidísimos como los que hemos visto en la pantalla hace unos instantes.

—Me parece imposible —opinó Dark.

—A mí también —volvió a decir el alemán—. Generalmente, los microorganismos que vivían en el aire, algunos de ellos patógenos como todos sabemos, pero actualmente destruidos por nuestros procedimientos higiénicos, se movían con cierta velocidad, pero nunca impulsados por sí mismos, sino llevados por el ambiente, por el aire, por el grado de humedad y hasta por la respiración de las personas. Todos nosotros sabemos que uno de los focos más peligrosos para aquella enfermedad que tanto trabajo costó a nuestros antepasados combatir, la gripe, era precisamente la boca de los seres humanos. Cuando éstos tosían o estornudaban, lanzaban los virus de la gripe a velocidades singularmente fantásticas, proyectándolos con tanta energía que penetraban fácilmente en la piel de las personas que estaban a su lado, siendo especialmente sensibles a este bombardeo las mucosas, tanto los ojos como los labios. Si por desgracia, y cosa muy corriente, el interlocutor del que estornudaba o tosía tenía la boca entreabierta, millones de microbios penetraban en su garganta y, saltándose a la torera el anillo faríngeo, se incrustaban más allá, reproduciéndose con tremenda facilidad y produciendo la misma enfermedad en el desdichado que ignoraba que la tos o el estornudo que había sido producido delante de sus narices era peor que una inyección con un cultivo de microbios.

El japonés lanzó un suspiro y luego murmuró:

—Pero aquí no hemos visto más que dos partículas, señores. Dos curiosas partículas, en efecto. Y creo que el profesor Funker tiene toda la razón del mundo al afirmar que parecen dotadas de movimiento propio. Las hemos visto lanzarse sobre las paredes y detenerse, incurvando su trayectoria, para evitar el choque. ¿Cómo es posible que seres microscópicos puedan tener esa percepción tan

perfecta?

—En efecto —replicó Moore—. Si un microbio, por cualquier funcionamiento, es lanzado a gran velocidad sobre un obstáculo, es incapaz de reaccionar para evitar el choque. Además, en realidad, el choque no le hace ningún daño. En este caso, por el contrario, hemos visto esas partículas detenerse ante las paredes de cristal, torcer luego sus caminos y alejarse a toda velocidad.

—Es algo extraordinario —dijo Yolande.

Danny volvió en aquel momento.

—El profesor Vidov va a llegar en seguida —anunció.

Siguieron charlando, intentando explicarse los rarísimos fenómenos de los que acababan de ser testigos. Pero poco después, la puerta se abría y entraba un hombre alto, de cabello canoso, de tipo genuinamente eslavo. Era el profesor Alexandre Vidov, uno de los físicos más grandes de la época, que, desde hacía más de diez años, trabajaba en el seno de la Torre de la Ciencia, donde se habían concentrado todos los grandes cerebros de la humanidad para, por primera vez en la Historia, laborar unidos para el género humano, en la más amplia acepción de esta palabra.

El ruso estrechó las manos de sus compañeros, luego sentóse y se dispuso a escuchar las explicaciones que, hablando por todos, iba a darle el profesor Hans Funker.

—Amigo Vidov —empezó a decir éste—, usted ya conoce el terrible problema que tenemos encima con lo que hemos llamado «muerte fulminante». Después de varios intentos que nos han costado no pocos colaboradores de primera fila, hemos conseguido que dos de ellos, aquí presentes; los jóvenes Ives Lamain y Jiro Shindo, hayan logrado traemos el cadáver de una de las víctimas de esa terrible enfermedad misteriosa que asola a la humanidad. Las observaciones microscópicas que hemos hecho, después de la autopsia del cuerpo, nos han demostrado de una manera evidente que sólo hay destrucción en el tejido nervioso del cerebro. Para no cansarle, le diré sencillamente que las grandes células, las gigantescas pirámides cerebrales, han sido destruidas sistemáticamente, lo que nos explica con bastante claridad esa clase de muerte súbita que, por parecerse a la fulminación por el rayo, ha sido bautizada con ese nombre.

»Las observaciones en las células cerebrales descritas parecen

demostrar algo tan inexplicable que cuesta decirlo. La profesora Versal, aquí presente, ha dicho con rara justeza que era como si hubiesen ametrallado o disparado contra esas células, ya que en todas ellas se observa un pequeño orificio, como la entrada de un proyectil, y puede comprobarse la extensa zona de desgarros que han destruido por completo la unidad celular.

»Pero, después de haber visto todo esto, hemos asistido a un fenómeno verdaderamente incomprensible. Dos partículas, cuyo tamaño va a proporcionarnos dentro de unos instantes el cerebro electrónico, han surcado el interior del quirófano de cristal. Se han desviado ante los obstáculos, moviéndose como si estuvieran dotadas de inteligencia. Por eso, profesor Vidov, hemos requerido su colaboración. Usted conoce como nadie las características de todas las partículas elementales de la física actual. Y necesitamos su ayuda para explicarnos el singular fenómeno al que hemos asistido. Aunque, para confesarlo todo, seguimos dudando que una destrucción celular tan especial y determinada haya sido producida por partículas que, como los átomos, los electrones, los mesones u otras, carecen de una ordenación suficiente para haber realizado un trabajo de tal clase.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Alexandre Vidov—. ¿Quieren traerme los resultados de los cálculos del cerebro electrónico?

Sin esperar más, Danny Hanson fue hacia la máquina y sacó las tarjetas perforadas, donde estaban ya calculadas las trayectorias y el tamaño de las partículas que el dispositivo había analizado en el interior del quirófano de cristal.

Vidov examinó detenidamente aquellas cartulinas, frunciendo el ceño; Permaneció así, en completo silencio, profundamente ensimismado, durante más de diez minutos.

Luego, levantando los ojos, miró a los que le rodeaban.

—Es lo más extraño que he visto en mi vida —dijo—. Respecto al tamaño, ya no tenemos duda alguna: el cerebro electrónico las ha calculado en siete micras, lo que quiere decir siete milésimas de milímetro; aproximadamente el diámetro de un glóbulo rojo de la sangre humana. ¿No es así?

—Efectivamente —repuso Funker.

—Pero lo más extraordinario no se refiere al tamaño, sino a la

trayectoria en sí: estos extraños corpúsculos no se mueven a velocidad constante, sino que sufren aceleraciones negativas y positivas y, sobre todo, poseen una orientación tan perfecta y un dispositivo de frenaje tan maravilloso, que son capaces de detenerse a menos de una centésima de milímetro de un obstáculo para después, evitando el choque, cambiar de rumbo en una aceleración que podríamos equiparar, fácilmente, a la que realiza una astronave al entrar en órbita.

Walter Moore abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo, profesor Vidov?

—¿A qué se refiere usted?

—¡A que está usted dotando de inteligencia a esas partículas!

—No he dicho nada de eso —replicó el ruso—. Aunque me veo obligado a aceptar sus palabras. Pero no vayan ustedes a creer que una partícula que se detiene ante un obstáculo debe estar obligatoriamente dotada de inteligencia. Si no fuera más que por eso, yo podría explicarles que ciertos corpúsculos elementales, siguiendo las leyes del electromagnetismo, son repelidos ante ciertos obstáculos antes de chocar con ellos. Pero aquí ocurre algo muy distinto: lo más importante es el cambio de aceleraciones, los frenazos bruscos, la autodeterminación de estas partículas que verdaderamente nos hacen pensar en una especie de inteligencia, por muy primitiva que sea.

—¡Dios mío! —No pudo por menos de exclamar Yolande Versal.

Hubo una corta pausa.

—Pero nosotros no podemos admitir la inteligencia en partículas de ese tamaño —insistió Funker.

—Yo tampoco —replicó el ruso—. En estos últimos veinticinco años, ustedes, los biólogos, han tenido ocasión de estudiar lo que ha venido llamándose «inteligencia de la vida en general».

—En efecto —replicó Funker—. Pero esa clase de inteligencia, mi querido profesor, está íntimamente ligada a unos procesos estrechos que convierten las reacciones que podríamos llamar psíquicas, en una especie de pasillo por el que se mueven, dentro de sus posibilidades, los seres llamados irracionales. El que ciertas algas microscópicas se acerquen a la luz, el que otros microbios se alejen de ella, el que ciertos microorganismos prefieran una cierta cantidad de azúcar en el líquido ambiente o, por el contrario, exijan

un cierto grado de acidez, no son, ni más ni menos, que procedimientos instintivos que van unidos a toda forma de vida. Es cierto que algunas clases de microorganismos son capaces de defenderse ante los ataques inteligentes del hombre, y voy a poner por ejemplo la reacción de muchos seres minúsculos, todos ellos patógenos, que vencieron finalmente a todos los antibióticos que nuestros abuelos descubrieron para combatir muchas enfermedades. Poco a poco, microbios que no podían resistir a la penicilina, a la estreptomicina y a otras sustancias de ese mismo tipo, fueron aclimatándose y nos demostraron, al cabo de unos cuantos años, su capacidad y su adaptación a medios que hasta entonces eran mortales para ellos.

»Pero esto no explica más que la ley de la supervivencia de todas las formas vivas. También es cierto que algunas sustancias segregadas o producidas por los microbios tienen, al penetrar en el organismo humano, una selectividad especial. Todos sabemos que el bacilo del tétano, por ejemplo, ataca directamente, con las sustancias que produce, ciertos centros nerviosos. Pero ¿significa esto inteligencia?

—No, seguro que no —dijo Alexandre.

—Por el contrario, las dos partículas que hemos observado, y fíjese usted bien en que no eran más que dos, han sido capaces de variar su rumbo, de acelerar como usted ha dicho su trayectoria, de realizar frenazos brutales y de evitar todos los obstáculos que se presentaban ante ellas.

—Creo —intervino Walter Moore— que, antes de nada, deberíamos realizar una observación directa de esas partículas.

—Y ¿cómo hacerlo?

—Tengo una idea —siguió explicando Walter—. Si colocásemos un corte de cerebro fresco en la platina del microscopio electrónico, podríamos observar si esas partículas se ven atraídas por las células piramidales y, si se dirigen a destruirlas, caerían dentro del campo de nuestra visión, pudiendo así obtener fotografías y películas, que nos explicarían no pocas cosas.

Hans Funker sonrió.

—Es una magnífica idea, amigo mío. Y como poseemos cultivos de tejido cerebral fresco, vamos a hacerlo inmediatamente. Encargaremos de esta labor al profesor Isokima, para que

introduzca ese trozo de cerebro sin que las partículas puedan huir y, dentro de poco, podremos tener las pruebas suficientes para que conozcamos de una manera definitiva y precisa esos misteriosos proyectiles luminosos.

Una excitación tremenda se apoderó de todos ellos.

Mientras, Ives Lamain fue enviado a la sección de archivo para que le entregasen allí una porción de cerebro humano fresco. Se trataba de un tejido cultivado en un líquido especial, donde era posible estudiar el crecimiento de las células nerviosas, ya que no su división, puesto que todo el mundo sabe que el hombre nace con el mismo número de células cerebrales con que llega al momento de la muerte. Son, por lo tanto, las únicas que no se dividen durante la existencia.

Mientras se realizaban los preparativos para la fundamental experiencia que iban a llevar a cabo, los profesores hablaron de aquel tema hasta agotarlo, formulando hipótesis y teorías, como si quisieran anticiparse a los hechos. Poco después, el profesor Isokima hacía que las manos metálicas se apoderasen del trozo de tejido que habían introducido en la cápsula de cristal por medio de un ascensor especial. El corte se hizo esta vez en vivo, sin helarlo por completo, y fue colocado en la platina del gigantesco microscopio electrónico.

Sentados ante la pantalla de televisión, donde no tardó en aparecer el tejido vivo, aquellos hombres de ciencia sentían que su corazón latía de manera intensa y que la emoción les ganaba por momentos.

Aparecieron en la pantalla las gigantescas células piramidales, rodeadas de cientos de miles de fibras por donde corría la corriente nerviosa, viéndose también entre las colosales pirámides aquellas cañas que formaban el tejido de sostén de la sustancia más preciosa del cuerpo humano. De repente, en el campo luminoso de la pantalla de televisión, que reproducía exactamente el enfoque del microscopio electrónico, apareció una especie de largo proyectil, bastante más pequeño que las mismas células. Frenó en el centro de la preparación, se detuvo de una manera perfecta, y permaneció así durante unos segundos.

Los sabios no daban crédito a lo que estaban viendo.

Uno de ellos exclamó:

—Pero ¡si es un proyectil!

—Silencio, por favor —dijo Duvivier, que sentía su cuerpo estremecerse de pies a cabeza.

Bruscamente, minúsculas llamaradas, como luces azules que brotasen del proyectil, surcaron el corto espacio que les separaba de una célula nerviosa. Apareció el orificio y luego se produjo un estallido interior que desgarró la noble sustancia en largos pedazos en forma de lámina, la cual después cayó como colgajos que convirtieron la pirámide en una masa informe.

El otro proyectil acababa de llegar y repitió exactamente en otras células lo que había hecho el primero.

Con los puños cerrados, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos, Hans Funker exclamó:

—¡Están bombardeando las células!

—En efecto —replicó Vidov, que estaba a su lado—. Más que bombardeando, parecen que están disparando minúsculos proyectiles contra ellas. ¡Es fantástico!

El espectáculo tenía mucho de dantesco.

Rápidamente, moviéndose con singular precisión, los dos extraños proyectiles destruyeron toda el área visible de células nerviosas. Luego, una vez terminado su terrible trabajo, salieron del campo de ultramicroscopio, aunque Todio Isokima, moviendo los mandos, consiguió seguirles para que sus compañeros pudieran proseguir la terrible destrucción que llevaban a cabo aquellos cuerpos inverosímiles.

La frente de los hombres de ciencia estaba empapada de sudor frío.

Porque todos ellos se habían dado cuenta, sin la menor duda, de que estaban ante un fenómeno tan inconcebible como disparatado. Y, cuando el japonés encendió la luz, fue Walter Moore quien, poniéndose en pie, mortalmente pálido, dijo:

—Ya lo han visto ustedes, mis queridos colegas: esos proyectiles no pueden ser más que astronaves microscópicas, pilotadas por seres que deben de tener, aproximadamente, un tamaño mil millones de veces más pequeño que el nuestro.

CAPÍTULO V


ás arriba de la masa de nubes que desfilaba, como un manto de algodón, enredándose de vez en cuando en los picachos del Mont Blanc, se levantaba soberbiamente la cúpula semiesférica de uno de los observatorios más importantes del mundo.

En realidad, allí no habían más que los espejos y las pantallas reflectoras de las imágenes que, desde el espacio, transmitían los satélites especialmente destinados a la observación astronómica. Hacía mucho tiempo ya que el hombre había abandonado definitivamente la observación del espacio de la rutinaria y vieja manera que durante muchos años hicieron con los telescopios, incluso con los radiotelescopios, el único camino para informarse de los misterios del Cosmos.

Pero desde el fantástico desarrollo de los satélites artificiales, a partir de mediados del siglo veinte, el hombre se había percatado de que podía por fin evitar las dificultades de observación,

escapando a la capa atmosférica que rodea la Tierra y que tanto deforma y aminora la recepción de imágenes situadas más allá de nuestro planeta.

Incluso en los albores de la Astronáutica se emplearon ya algunos satélites artificiales para la observación directa de los astros; más tarde, cuando la humanidad entera se empleó en unificar todos los esfuerzos progresivos, fue posible montar verdaderos observatorios espaciales, que empezaron a desentrañar, rápida y limpiamente, muchos de los misterios que hasta entonces lo habían sido debido a la capa atmosférica que era como un velo constante que ocultase el cielo a los ojos de los astrónomos.

Por eso, aprovechando la posición del Mont Blanc, se había montado allí la estación receptora más importante del globo terráqueo. Y a su cargo, junto a un equipo de más de doscientos investigadores espaciales, se encontraba la indudable primera autoridad en astronomía el profesor italiano Mario Ricardi, autor de media docena de volúmenes en los cuales había mejorado por completo las últimas teorías, llegando a demostrar la identidad entre el Cosmos. Junto al profesor Ricardi, siendo su mejor colaborador, trabajaba un joven, también italiano, que se había educado en la escuela del sabio y que parecía tener ante sí un porvenir magnífico. Se llamaba Giuseppe Daltino y había sido precisamente él quien, dos semanas antes, descubriera la proximidad a la Tierra de un pequeño cuerpo, de unos cincuenta kilómetros de diámetro, que no había sido catalogado aún en las tablas astronómicas porque sencillamente, había aparecido procedente del fondo de la galaxia para convertirse, sin aparente necesidad, en uno de los satélites que rodeaban incesantemente el globo terráqueo.

La aparición de dicho cuerpo cósmico, desde el mismo momento en que Giuseppe Daltino lo descubrió, sirviéndose primero de las radiaciones que despedía y luego de su observación directa por medios ópticos, suscitó numerosos comentarios. Realmente, se creyó en un principio que se trataba de un meteorito que, a su llegada a las capas más altas de la atmósfera terrestre, se fraccionaría, como solía ocurrir con casi todos, y luego sus partes caerían en diversos puntos del globo. Pero los cálculos de su trayectoria, de su velocidad y de las demás cifras que proporcionó el cerebro

electrónico encargado de computar los datos de aquel pequeño cuerpo celeste, demostraron ciertas variaciones que no dejaron de sorprender al profesor Ricardi y a sus colaboradores.

En efecto; siguiendo una especie de surco invisible, como si se tratase de un verdadero satélite artificial lanzado desde el exterior, el pequeño asteroide, al que Giuseppe pidió el permiso de llamarle «Delta», quizá como deformación de su propio apellido, se mantuvo a una distancia de la Tierra que correspondía por entero a la ley de atracción de Newton, desarrollando al mismo tiempo una velocidad, menor de la que tenía al llegar a los alrededores de nuestro planeta, que le permitió girar alrededor de la Tierra con un movimiento de traslación de unas doce mil millas por hora, y uno de rotación sobre su eje que equivalía, aproximadamente, a una quinta parte del día terrestre.

Los análisis realizados a distancia, con sondas magnéticas, eléctricas y lumínicas, demostraron muy pronto la existencia de una fina capa atmosférica que rodeaba el pequeño planetoide, cuya composición resultó ser sorprendentemente idéntica a la capa de aire que rodea la Tierra.

Iguales cifras que las terrestres fueron obtenidas respecto al grado de humedad, la resistencia a las radiaciones exteriores, y hasta pudo observarse, con una precisión matemática, un campo magnético que producía de vez en cuando, cuando las manchas solares lo desencadenaban, fenómenos en todo semejantes a las auroras boreales estudiadas alrededor de nuestro mundo.

Quizá la única diferencia que el joven Giuseppe Daltino descubrió, en sus estudios exhaustivos del pequeño planetoide, fue una extraña y ocasional emanación, como si de aquel cuerpo celeste brotara, de vez en cuando, una corriente de corpúsculos, perceptibles tan sólo por el radiotelescopio, los cuales se dirigían inexorablemente hacia el hemisferio inferior de la Tierra. Pero Giuseppe Daltino estaba muy lejos de pensar que aquellos pequeños corpúsculos, que para él no eran más que un nuevo tipo de radiación, pudieran ser los proyectiles tan sorprendentemente descubiertos en el quirófano de la planta octava de la Torre de la Ciencia, en París.

De todas formas, el hecho de que aquella noticia llegase hasta la capital francesa se debió al profesor Ricardi, que, unido por

estrecha amistad con el físico ruso Vidov, solía comunicar a éste todos sus descubrimientos, en el campo de las radiaciones, ya que sabía que Alexandre se había especializado en aquella materia, y agradecería sinceramente cuantos nuevos detalles recibía, fuera de quien fuese.

Por eso, después del sensacional descubrimiento que se hizo en el quirófano, gracias a los cortes de cerebro fresco que habían sido vistos en la platina del microscopio electrónico, Alexandre Vidov, sin decir nada todavía, se sintió invadido por una sensación de inimaginable angustia, asociando en su cerebro los datos que había recibido del observatorio del Mont Blanc y aquéllos que acababa de observar personalmente en la pantalla de televisión.

No hizo caso alguno a las observaciones y comentarios que sus compañeros hacían cuando la luz se hizo de nuevo en la sala. Esperó unos instantes y luego, con voz bien acompasada, en un tono grave, explicó la información que le había enviado personalmente el profesor Ricardi. Habló del aerolito, de su posición en el espacio y de aquellas extrañas radiaciones intermitentes que habían caído sobre la Tierra y que nunca se asociaron, hasta entonces, con la aparición de la espantosa muerte fulminante en la superficie de nuestro planeta.

Cuando terminó de hablar, los rostros de sus colegas estaban cubiertos por una palidez cerúlea. Yolande Versal mostraba una expresión de terror indecible y sus delicadas manos de largos dedos temblaban de manera visible.

—Esto quiere decir —concluyó diciendo Vidov— que estamos ante un extraño tipo de invasión espacial. Ya no podemos dudar ni un solo instante de las radiaciones descubiertas por Giuseppe Daltino y los corpúsculos que hemos estudiado aquí son los mismos. Y tampoco puede cabernos duda alguna de que ambos son minúsculas astronaves de un mundo semejante al nuestro, pero en escala ultrapequeña, que está procediendo, con inteligencia y rapidez, a la destrucción paulatina y masiva de la raza humana.

Hans Funker hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Dijo:

—Estoy de acuerdo con usted, profesor Vidov. Es indudable que esas criaturas, que quizá tengan nuestra misma experiencia, por los detalles que usted nos ha comunicado de ese nuevo planetoide,

conozcan nuestra estructura anatómica, que debe de ser como la suya, y sepan que la destrucción de las células gigantes del cerebro, además de producir una muerte fulminante, es la manera más segura de destruir nuestra raza humana. Para ellos, debemos de ser colosales gigantes, y esto han debido de comprenderlo con el examen hecho al atravesar nuestros cuerpos con esas minúsculas astronaves que hasta ahora habíamos confundido con corpúsculos.

»Pero ya es hora de que nos plantéenlos el problema cara a cara, enfrentándonos con ese peligro y resolviéndolo a nuestro favor. ¿No les parece?

—Desde luego —replicó David Dark—. Yo propondría primero la destrucción inmediata y completa de ese planetoide, cosa nada difícil si utilizamos un satélite artificial provisto de carga atómica o termonuclear. Bastará hacerlo estallar en sus proximidades…

—Un momento —intervino Alain Duvivier—. Creo que olvida la distancia que nos separa de ese planetoide. Si provocamos una explosión dentro de nuestra propia atmósfera o en los alrededores de ella, es posible que desarrollemos lluvias radiactivas que podrían poner en peligro la vida sobre extensas zonas de nuestro planeta. No, profesor Dark, lo que usted propone es imposible.

—¿Entonces?… —preguntó el aludido.

Intervino el profesor Vidov.

—Entonces —repitió—, no nos queda más remedio que ponernos en contacto con el profesor Walesky…

Una exclamación de sorpresa fue la respuesta a aquellas palabras.

—¿Intenta usted sugerir —preguntó Yolande Versal— que nos pongamos en manos de ese loco?

—Loco o no —replicó el ruso—, es el único hombre de ciencia que afirma haber hallado lo que él llama la «derivada de reducción». Ha bautizado este valor como «constante micro». Y si lo que ha publicado es cierto, tenemos en la mano el arma perfecta para combatir el peligro que el destino nos ha puesto enfrente.

—Entonces, ¿cree usted que deberíamos visitarle? —preguntó Duvivier.

—Yo lo haré personalmente —repuso Vidov—. Hace tres años qué le expulsamos de nuestro centro científico, señores. ¿Cometimos un terrible error en aquel momento? No lo sé. Pero

espero que Walesky no nos haya guardado demasiado rencor y quiera ahora colaborar con nosotros para el bien de la humanidad.

Funker denegó con la cabeza.

—Sigo creyendo que es perder el tiempo, profesor Vidov. Es preferible provocar una lluvia radiactiva y destruir ese planetoide a dejarse arrastrar por las quimeras de ese mal llamado profesor Walesky.

Alexandre sonrió con un poco de tristeza.

—Muchos hombres han sido tachados de locos a lo largo de la historia de la humanidad —dijo, con voz grave—. Pero luego, muy a menudo, hubo que rectificar…

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el joven japonés—. ¿Ha sido juzgado equivocadamente el profesor Walesky?

—Es demasiado pronto para contestar a esa pregunta —repuso el ruso—. Hace ya mucho tiempo, yo trabajé con el polaco. Entonces, a decir verdad, no me agradaban muchos los métodos y, sobre todo, la indisciplina que le caracterizaba.

»Recuerdo perfectamente que, en una ocasión, la Comisión Mundial nos encomendó una labor para el estudio de ciertas partículas negativas. Dos astronaves, que estaban acercándose a Júpiter, pilotadas a distancia, fueron destruidas por completo por un chorro de partículas negativas.

»Urgía, ya que iban a lanzar tres astronaves más, conocer el origen y la densidad de aquella corriente.

»Pues bien, desoyendo las órdenes que nos habían dado, Walesky se dedicó a estudiar sus propios asuntos. Por aquel entonces, ya andaba detrás de su famoso “coeficiente de átomos sobrantes”. No sé si ha conseguido algo importante, sobre todo si ha sido capaz de organizar su anárquica manera de trabajar.

Intervino Hans:

—Hace poco leí una publicación firmada por él. Decía que sus trabajos se habían coronado por un éxito completo y que era capaz de demostrar, a quien le quisiera escuchar, que su teoría de reducción de tamaño por eliminación de átomos sobrantes era un hecho.

—Pronto lo sabremos —dijo Alexandre—. En estos momentos, Walesky está muy lejos de pensar que la humanidad va a necesitar de sus trabajos. Sigo siendo su amigo y hemos estado

comunicándonos con mucha frecuencia, pero conozco su carácter y es muy posible que, si se huele la verdad, nos haga pasar un mal rato antes de mostrarse dispuesto a colaborar con nosotros.

CAPÍTULO VI



os tres jóvenes, Danny Hanson, Ives Lamain y Jiro Shindo cruzaron una mirada inteligente y el primero, percatándose de que sus amigos estaban de acuerdo con él, acercóse al profesor Vidov.

—¿Nos permitiría usted que le acompañásemos, señor? —preguntó.

Alexandre hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo.

—Naturalmente que sí, muchacho. Podemos tomar un monorreactor en la terraza. El profesor Walesky sigue en aquel caserón de Lyon.

Los tres amigos siguieron al ruso hasta el ascensor y momentos después estaban en la terraza. Allí había gran cantidad de aparatos de todos tipos y Vidov eligió uno, no muy grande, con una cabina suficiente para seis pasajeros. El conductor le saludó y poco después el aparato se elevaba, utilizando los reactores verticales para luego,

poniendo los horizontales, alejarse a una velocidad vertiginosa, sobrevolando en pocos segundos la totalidad del «Gran País».

Alexandre Vidov era un hombre de carácter abierto, amigo de la conversación. Y así lo demostró en cuanto el aparato se separó de la terraza. Dentro de la cabina insonorizada, no se oía en absoluto el rugir de los potentes reactores y, por lo tanto, el silencio era agradable, así como la temperatura mantenida por un mecanismo de clima acondicionado, que sumado a la comodidad de las butacas hacía la estancia verdaderamente agradable.

Era un viaje muy interesante.

Sabiendo que al profesor le gustaba hablar, e interesado al mismo tiempo por todo lo que habían visto y oído en aquel día lleno de sorpresas, Danny Hanson preguntó:

—¿Es cierto que el profesor Walesky puede solucionar los graves problemas que tenemos planteados, profesor Vidov?

—Eso espero —repuso el ruso—. Conozco a Walesky hace muchísimo tiempo. Es un hombre indisciplinado como ya lo demostró en la Universidad de Varsovia. No se atiene a reglas y abandona lo que se le encomienda, dedicándose exclusivamente a lo que produce su imaginación fantástica. Esto no quiere decir, en ningún modo, que no sea inteligente. Walesky posee, en toda seguridad, uno de los cerebros más privilegiados que se han producido a lo largo de la Historia del Mundo. Es un tipo verdaderamente curioso…

—¿Y qué investigaciones está haciendo ahora? —inquirió Lamain.

—Hace mucho tiempo —explicó Alexandre Vidov— que Walesky se sintió atraído por lo que podríamos llamar «relación de volúmenes».

—¿Qué es eso? —preguntó Jiro.

—A todos los naturalistas, desde hace muchísimo tiempo, les ha preocupado el tamaño de las cosas y, sobre todo, el de los seres vivos. ¿Por qué el elefante posee ese gigantesco volumen y ese gran peso, y la hormiga, por ejemplo, no puede salirse del pequeño modelo de su propia vida? ¿Por qué el hombre ha adquirido, dentro de ciertos límites, un tamaño que no puede sobrepasar?

»Esta cuestión preocupa a los sabios desde siempre. Pero, para citar un solo ejemplo, pensemos en que en el siglo pasado, un

profesor francés llamado Alexis Carrel se atrevía a dar la dimensión o el tamaño de un hombre, situándolo exactamente en la mitad, entre la estrella y el átomo. Y aunque aparentemente el volumen de las cosas vivas carezca de importancia, no es así en realidad. Dentro de la armonía que rige al universo, los volúmenes y las formas que ya interesaron a los filósofos griegos, deben poseer una explicación que aclare muchísimos puntos que desconocemos aún. Por eso mi amigo Walesky ha estado trabajando durante más de veinte años, intentando variar los volúmenes y los pesos de los seres vivos para ver si se producían modificaciones que contestasen a algunas de las preguntas que formula este asunto.

—¿Y lo ha conseguido? —preguntó Lamain.

—Creo que ha hecho cosas muy interesantes —repuso Vidov—. Pero pronto, cuando estemos a su lado, veremos si ha logrado llegar al punto que me interesa. Sé que había hecho reducciones notables y fantásticas, cosas que apenas pueden creerse. Todo eso, como comprenderán ustedes, nos interesa ahora, por primera vez, de una manera formidable. Porque si queremos combatir a esos microinvasores, no tendremos más remedio que hacer algo que pueda reducirnos en su microscópica dimensión.

En aquel momento, el aparato pareció inclinarse ligeramente y todos comprendieron que habían llegado.

De París a Lyon bastaban apenas cuatro o cinco minutos para hacer el recorrido en uno de aquellos potentes monorreactores, cuyas líneas aerodinámicas les permitían alcanzar fantásticas velocidades.

El aparato se posó en la terraza de un edificio bastante feo, de color grisáceo, descascarillado en su fachada y que había sido, como explicó Vidov a los tres jóvenes investigadores, una antigua fábrica en la que, por un precio no muy grande, había conseguido Walesky instalar sus extraños aparatos. En la terraza no había más que un viejo birreactor que ofrecía un lamentable aspecto, y cuando los viajeros descendieron allí, no encontraron naturalmente a nadie. Tuvieron que caminar hacia la entrada de los ascensores y fue entonces cuando salió un joven a su encuentro, quien, frunciendo el ceño, les saludó, no obstante, con amabilidad, y luego les preguntó qué deseaban.

—Me llamo Alexandre Vidov —dijo el ruso— y soy amigo del

profesor Walesky. Comuníquele mi nombre y dígale que deseo hablar con él urgentemente.

—Está bien. Tenga la amabilidad de esperar un instante.

No había en aquel edificio sistema de televisión interior y el joven que les había recibido tuvo que echar mano a un viejo teléfono, en cuyo cuadrante marcó un número, hablando después en una lengua que, como comprendieron todos, era la polaca.

Instantes más tarde, colgaba el aparato en su horquilla y se volvía hacia los visitantes.

—Tengan la amabilidad de venir conmigo al ascensor —dijo—. El profesor Walesky les espera en su despacho.

—Muchas gracias.

Incluso el ascensor era de un tipo viejo y parecía sufrir asma. Bajó lentamente, estremeciéndose a cada paso y, por fin, les dejó en la primera planta. Abrió la puerta el joven que les había guiado y que marchó en primer lugar, hasta detenerse junto a una puerta, al fondo de un pasillo. Llamó y una voz ronca, desde dentro, dijo algo que los cuatro hombres que seguían al joven no comprendieron. Pero éste abrió la puerta, haciéndose a un lado para permitir que los recién llegados penetrasen en el despacho del profesor Walesky.

La estancia era amplia y las paredes estaban completamente cubiertas de estanterías repletas de libros. En la mesa, de dimensiones colosales, también había libros y papeles en cantidad fabulosa. El hombre que apenas se veía detrás de aquellos desordenados montones de papel y de libros, y que se incorporó para, rodeando la mesa, llegar junto a los visitantes, era bajito, rechoncho, con un vientre prominente, y completamente calvo.

Los ojos saltones y brillantes demostraban bien a las claras que llevaba gruesos lentes de contacto. De cara ancha, labios gruesos y facciones un tanto fláccidas, su rostro parecía el de un batracio. Pero cuando sus ojos miopes descubrieron a Vidov, la sonrisa que entreabrió sus labios borró el feo aspecto de su rostro, prestándole una ternura nada común.

—¡Alexandre! —saludó, avanzando rápidamente hacia el ruso, al que abrazó con fuerza.

—¡Diablo de Walesky! —exclamó el ruso—. ¡Hacía tiempo que no nos veíamos! ¿Eh?

El sabio dijo:

—En efecto. Pero sentaos, por favor. ¿Queréis beber algo? Tengo un vodka de primera.

Vidov no solía beber mucho, pero presintiendo que Walesky se ofendería si rehusaban la invitación, hizo un gesto de asentimiento y el polaco fue hacia un pequeño armario, también repleto de libros, y tiró algunos al suelo para sacar de detrás, de un curioso escondite lleno de telarañas, un par de botellas que colocó alegremente en la mesa, tras limpiarla del mismo modo que había hecho con el armario, empujando libros y papeles que cayeron desordenadamente al suelo.

Momentos después, todos bebían como buenos compañeros.

—¿Y qué buen viento te trae por aquí? —preguntó Walesky, después de beberse un vaso de vodka de un solo trago.

Frunciendo el ceño, Alexandre Vidov empezó a hablar. Lo hizo despacio, de manera que su compañero entendiese todo lo que quería decirle. Estableciendo un orden perfecto en su relato, empezó por los descubrimientos del grupo de astrónomos a las órdenes de Mario Ricardi y siguió luego con la aparición de la enfermedad, los trabajos que habían intentado hacer desde la Torre de la Ciencia y, finalmente, el descubrimiento fabuloso de que las partículas que emitía el planetoide, y que eran responsables de la llamada «muerte fulminante», no eran, ni más ni menos, que minúsculas astronaves pilotadas seguramente por seres inteligentes, cuya forma se ignoraba aún, pero que había que destruir.

Ni una sola vez interrumpió Walesky a su colega.

Pero cuando éste terminó de hablar, una risita de conejo brotó de la boca del polaco.

—Ya comprendo —dijo, guiñando uno de sus ojos miopes—. Ahora se acuerda todo el mundo del loco de Walesky, de sus investigaciones estúpidas, de sus trabajos sobre formas y volúmenes de los seres vivos, de sus chaladuras.

—Tú ya sabes —insistió Vidov— que siempre he creído en ti, Walesky. Pero si el Cuerpo Médico Mundial te ofendió profundamente, no debes ser rencoroso ahora. Hay millones de seres que han muerto y millones que están amenazados, así como nuestra civilización.

—¡Nuestra civilización! —exclamó el polaco, con un tono de claro desprecio en la voz—. ¡Vaya civilización! Una ciencia

destinada a obedecer las instrucciones de un cuerpo de científicos interesados por un solo aspecto de las cosas. En cuanto alguien aparece con ideas nuevas, en seguida le tachan de loco, de filósofo barato, como si los trabajos honrados que surgen de la mente de un hombre no pudieran tener lugar en las investigaciones que se han dado por llamar oficiales y necesarias para la humanidad. ¿Qué tendría que hacer yo ahora cuando desean mi ayuda?

—Ayudar —repuso el ruso.

—¡Eres formidable, Vidov! Y me conoces, eso ya lo sé. Sabes que toda la fuerza se me escapa por la boca. Y que estoy deseando, en el fondo, ayudar a quien sea. Está bien, amigos míos. Venid conmigo al laboratorio y veremos si lo que he conseguido puede seros útil. Así que ¿estamos en presencia de una invasión microscópica?

—Eso es —replicó Vidov, que se había puesto en pie, imitando a Walesky.

Todos ellos se dirigieron hacia una pequeña puerta que había a la derecha.

Una vez salieron del despacho, se encontraron ante una sala de enormes dimensiones, que estaba totalmente ocupada por un extraño artefacto, una especie de eje alargado de más de treinta metros de radio, que terminaba en una esfera que debía de tener, por lo menos, ocho metros de diámetro. La sala poseía aproximadamente una forma circular y Walesky, señalando aquel artefacto descomunal, dijo:

—Tuve que construir esta centrifugadora gigantesca, Vidov.

—¿Y has obtenido lo que querías?

—Ahora lo veréis. Seguidme.

Prosiguieron el camino por el borde, que estaba protegido del centro donde podía girar la centrifugadora por una especie de alta barandilla metálica. Así atravesaron parte de la estancia y penetraron después en un pequeño receptáculo, de unos cincuenta metros cuadrados, donde algunos de los ayudantes de Walesky trabajaban delante de algo que llamó poderosamente la atención de los visitantes. Justamente, deteniéndose al principio de aquella pequeña sala, y hacia su lado izquierdo, contemplaron una mesa que estaba recubierta de una minúscula capa de hierbas y, cuando se acercaron, contemplaron algo verdaderamente inverosímil.

Danny Hanson no pudo evitar una exclamación.

—Pero ¡si son caballos!

En efecto, aquellos animales minúsculos que habían visto correr por el verde, y que apenas tenían ocho centímetros de altura, eran caballos. Aquello sugirió a los visitantes que estaban observando un gran prado desde un aparato volador. Vidov, en cuyo rostro se leía el asombro, tuvo que acercarse muchísimo para contemplar aquellos animales y luego, volviéndose hacia Walesky, que sonreía complacido, le dijo:

—¡Es maravilloso!

—¿De veras? Seguid, seguid mirando. Fijaos en esto…

Fueron avanzando, encontrándose entonces ante otra mesa, sobre la que se levantaban minúsculos árboles y que estaba atravesada por un río que no debía de tener más de dos centímetros de profundidad por siete u ocho de anchura. Extrañas formas se movían a su alrededor, mucho más pequeñas que los minúsculos caballos que acababan de ver en la mesa anterior. Tras abrir uno de los cajones que había debajo de la mesa, Walesky repartió entre sus visitantes unas potentes lupas y éstos, enfocando, lanzaron exclamaciones de asombro y de entusiasmo.

—Yo veo elefantes —exclamó Shindo.

—¡Y aquí hay tres leones! —dijo Lamain.

—¡Yo estoy viendo una manada de cebras! —se admiró Hanson.

—En efecto —dijo Walesky—. Aquí se encuentra gran parte de la zona africana, cuyos primeros ejemplares pude procurarme con terribles gastos, ya que tuve que comprarlos directamente a una de las pocas reservas que quedaban en el continente negro. Adquirí un macho y la hembra, pero he tenido la suerte de verlos reproducir y ahora, aunque no lo creas, Vidov, hay aquí sobre esta pequeña mesa una colosal fortuna.

—Estoy convencido de ello —repuso el ruso.

—El tamaño de estos animales es más reducido que el de los caballos de la mesa anterior. Por ejemplo, el elefante no llega siquiera a tener ocho milímetros de altura. ¿Qué te parece?

—Ya veo que has triunfado plenamente, Walesky —dijo Alexandre—. Y me alegro muchísimo. ¿Te costó mucho reducirlos a este tamaño?

—Veinte años de estudio y unos quince minutos de experiencia directa. No logré nada hasta poder establecer definitivamente mi

fórmula, mi «constante micro». Cuando pensé en reducir de tamaño a los seres vivos, me dije que iba a tropezar con muchos imposibles. Y que no podía seguir, en modo alguno, ese procedimiento infantil y ridículo que aparece en algunos cuentos de hadas. Porque si bien podía ir reduciendo el tamaño de los órganos, lentamente, no podría hacerlo con los átomos, cuyo tamaño es invariable. Entonces llegué a la conclusión de que lo que debía intentar era reducir el número de átomos, ya que mis observaciones en los seres vivos me habían convencido de que los átomos estaban regidos por las leyes dimensionales de cada especie viva.

»Y eso es lo que hice, amigo Vidov. Así, por ejemplo, si tomamos un hueso de cualquier animal, nos es posible actualmente contar el número de átomos que contiene. Pero si consiguiésemos, sin variar en absoluto la forma de ese hueso, ir quitando átomos de la sustancia de que está compuesto, produciríamos naturalmente una reducción progresiva y obtendríamos, al final, el mismo hueso en un tamaño muchísimo menor. Una vez llegué a esa conclusión, y estuve buscando el procedimiento para llevar a cabo el experimento definitivo. Observando el funcionamiento de una centrifugadora, descubrí que en un líquido sometido a su acción se produce una huida de las partículas sólidas que flotan en él, despedidas por la fuerza centrífuga hacía el fondo de un tubo de ensayos. Naturalmente, el problema no era el mismo en mi caso; pero de todos modos, lo que yo tenía que descubrir era un cuerpo capaz de permitir el paso solamente a los átomos que podríamos llamar "sobrantes". Y alcancé plenamente lo que deseaba cuando descubrí que una mezcla de cristal, con una fórmula especial, dejaba pasar el sobrante de esos átomos de forma tan armónica que un órgano o el cuerpo de un animal se reducía paulatinamente, en cuanto la centrifugadora alcanzaba velocidades hasta ahora no conocidas. Es natural que ningún motor de tipo clásico pudiera producir esa clase de velocidad que yo deseaba y tuve que aplicar, entonces, la energía atómica, avanzando después hasta utilizar el medio que me ha permitido realizar con triunfo estos experimentos.

—¿Y cuál es?

—La luz. Un motor a base de fotones me ha permitido mover el brazo de la centrifugadora a ciento ochenta mil kilómetros por segundo. A esta velocidad, el abandono de los átomos sobrantes de

un cuerpo se realiza de una manera perfecta y el animal se reduce en progresión geométrica cada segundo. ¿Lo comprendes ahora?

—Perfectamente. ¿Hasta dónde has podido reducir los seres vivos?

Walesky sonrió.

—Venid a esta tercera mesa. Ahora veréis.

En la tercera mesa no había más que un microscopio y, a su lado, un recipiente con agua. Tras tomar un porta objetos, el polaco sacó una gota de agua con una pipeta y la depositó cuidadosamente en el centro del cristal. Luego lo colocó debajo del objetivo del microscopio y haciéndose a un lado, invitó a su amigo a que echase una ojeada.

Tras enfocar el microscopio, Alexandre lanzó al cabo de unos segundos una exclamación de sorpresa.

—¡Es fantástico!

—¿Qué ves?

—Ballenas. He contado por los menos veinte.

—Y hay muchísimas más —repuso Walesky, sin abandonar su sonrisa de triunfo—. En este caso, mi querido Vidov, he reducido el colosal cetáceo a un tamaño que no sobrepasa la micra. Es decir, la milésima de milímetro. Es fácil calcular que en ese pequeño frasco hay trescientos billones de ballenas. ¿Te das cuenta?

—Es increíble.

—Increíble, pero cierto. Y ahora, amigo Vidov. ¿Crees que podré ayudaros?

—Indudablemente que sí. Pero voy a hacerte una pregunta, Walesky.

—¿Cuál?

—¿Has reducido alguna vez a un hombre?

El polaco denegó enérgicamente con la cabeza.

—¿Crees que estoy loco? —dijo—. Ya sabes que la ley de Derechos Humanos me prohíbe hacer esa clase de experiencia. Y no es que no me hayan faltado las ganas de comprobar si mi invento es aplicable a la raza humana. Pero he sufrido bastante, sin saltarme ninguna ley, y la verdad es que el miedo me ha detenido.

—Pues eso no va a ocurrir ahora —repuso el ruso—. Me bastará ponerme en comunicación con la Torre de la Ciencia para que el profesor Dark pida un permiso urgente e inmediato a las

autoridades mundiales. Sólo necesito cinco minutos. ¿De acuerdo, Walesky?

—De acuerdo.

El tiempo calculado por Vidov fue exacto.

Cinco minutos más tarde, había recibido el permiso oficial de las autoridades mundiales y así se lo comunicó a Walesky. Éste, seguido por sus amigos, se dirigió hacia la gigantesca centrifugadora, dispuesto a realizar el experimento más importante de toda su vida.

CAPÍTULO VII



e habían detenido ante la cápsula de la gigantesca centrifugadora.

Volviéndose hacia Vidov, Walesky preguntó:

—¿Qué es lo que deseas en realidad, amigo mío?

—Lo primero —explicó el ruso— es la demostración de una reducción humana que debe llegar, forzosamente, a la milésima de milímetro. Cuando me he puesto en comunicación con París, el profesor Funker, que ha hablado conmigo unos instantes, me ha comunicado que han conseguido medir exactamente esos minúsculos cosmonavíos que siguen apresados en el quirófano de cristal. Según Hans, el tamaño exacto de esas astronaves no es, como creían antes, de unas siete micras —milésimas de milímetro —, sino de treinta micras. Es decir, el triple. Micrografías obtenidas y aumentadas tremendamente han proporcionado otros datos interesantes. Así, sabemos con toda seguridad que la micra viene a ser, en la escala de esas criaturas, los dos metros para nosotros. Si

las astronaves, como se ha podido medir con exactitud, tienen catorce micras de longitud, eso da unos veintiocho metros. Luego, con un cálculo sencillo, partiendo de la base de que la media micra es nuestro metro, puedes llegar a tener una idea clara de la dimensión que deben poseer las criaturas que pilotan esa astronave. Ninguno de ellos, de esto estoy seguro, superará la milésima de milímetro. ¿Me entiendes?

—Perfectamente —repuso Walesky—. No te preocupes, Vidov, voy a reducir los hombres necesarios a un tamaño proporcional, partiendo de esa igualdad fantástica de la micra, tomada como dos metros. Pero ahora quiero hacerte una pregunta.

—Habla.

—¿Cómo vais a combatir a esas astronaves?

—Con otras astronaves. Y esto es lo que se me había olvidado preguntarte: ¿Tu máquina es capaz de reducir la materia inerte de la misma manera que la viva?

—Lo hace con igual perfección, Vidov. Ya te entiendo, amigo mío. Mientras realizamos la experiencia de la reducción humana, puedes ir pidiendo a París que envíen, con la mayor rapidez posible, las piezas de las astronaves y armas que quieran reducir, de forma que todo esté hecho hoy mismo.

—Estupendo. Sólo que las instrucciones recibidas del comité mundial prohíben terminantemente que en la experiencia se reduzcan más de tres seres humanos.

—Y eso ¿por qué?

—Son las leyes, amigo mío.

—Comprendo.

—Esto quiere decir, Walesky, que voy a pedir ahora mismo a estos tres muchachos si quieren ser voluntarios para esa patrulla microscópica.

Danny sonrió.

—Puede usted contar con nosotros, profesor Vidov. ¿No es cierto, muchachos?

Los otros hicieron un rápido gesto de asentimiento con la cabeza.

—Pediré inmediatamente a París que me envíen lo necesario para montar una astronave diminuta. Naturalmente, ese vehículo microscópico estará dotado con las armas más potentes, ya que

nuestro plan es destruir primero cuantas astronaves podamos de las que actualmente están en la Tierra produciendo la «muerte fulminante», y luego, si hemos conseguido el éxito que espero, informaremos al comité mundial para que estudie la posibilidad de la destrucción del planetoide, acabando así definitivamente con nuestros problemas. Por lo tanto, voy a ponerme en comunicación inmediata con París, mientras tú, amigo Walesky, te encargas de los muchachos.

—Entendido.

Antes de irse, Alexandre Vidov estrechó cordialmente la mano a los tres jóvenes.

—La Humanidad estará siempre en deuda con ustedes —les dijo.

—No hacemos más que cumplir con nuestro deber, profesor —repuso Danny, en nombre de sus compañeros—. Aunque, para decir toda la verdad, estamos encantados de esta fabulosa aventura. No dude usted un momento, profesor, que sabremos cumplir con nuestro deber.

—Mucha suerte, muchachos.

—Gracias.

En cuanto el profesor Vidov se alejó, Ives Lamain, con los ojos brillantes, miró a Walesky.

—Una pregunta, señor —dijo.

—¿Qué desea usted?

—Hasta ahora no hemos hablado más que de reducciones. Pero yo quisiera saber si es posible la inversa, es decir, volver al tamaño normal.

—¿Cree usted que yo le reduciría al tamaño microscópico si no fuera capaz de volverles después a su forma normal? No hay más que poner la centrifugadora en marcha atrás para que los átomos sobrantes, que han pasado por ese cristal especial, vuelvan a integrarse en la criatura y ésta adquiera, una vez más, su tamaño anterior.

—Perfectamente. Estamos dispuestos, profesor Walesky.

—Suban a esta esfera. Encontrarán en ella unos asientos que pueden ocupar tranquilamente. Al empezar los movimientos, no sentirán nada. La velocidad adquirida en pocos segundos es tan grande que perderán el sentido. Pero no crean que van a sufrir lo más mínimo, no experimentarán ninguna sensación desagradable y

cuando despierten se encontrarán reducidos; serán colocados por unas manos metálicas interiores en un receptáculo, para evitar que caigan al suelo desde una altura que sería peligrosa para sus vidas, una vez reducidos a tamaño microscópico.

—De acuerdo.

—Estoy orgulloso de conocer a hombres tan valientes como ustedes —sonrió Walesky—. Ya pueden subir, por favor…

Penetraron en la esfera y ocuparon después los asientos, viendo que se trataba de simples sillones que habían sido colocados, momentos antes, por los ayudantes del profesor Walesky. Los asientos estaban sólidamente soldados al suelo para evitar que fueran proyectados a la enorme velocidad que alcanzaría la centrifugadora momentos después.

—¿Tranquilos? —preguntó Hanson.

—Bastante —rió Lamain—. Pero no puedo por menos de estar impresionado por esta aventura. ¿No os ocurre igual a vosotros?

También sonrió el japonés.

—Yo estoy tranquilo —dijo—. Sobre todo desde que el profesor Walesky nos ha asegurado que podremos recuperar después nuestro tamaño normal.

De lo que tengo ganas es de encontrarme ante esas extrañas criaturas que nos han causado tantos disgustos. Como nuestra astronave, con toda seguridad, estará dotada de armas potentísimas, vamos a pasarlo divertido.

Los tres sonrieron.

* * *

Walesky estaba emocionado. Se dirigió rápidamente al puesto de control de la centrifugadora y, ayudado por sus principales colaboradores, empezó a calcular rápidamente la velocidad deseada para que la reducción de los tres humanos se hiciera en el menor tiempo posible.

Hasta entonces, operando con animales de toda especie, no se había sentido tan nervioso como en aquellos instantes. Y mientras manejaba los grandes dispositivos electrónicos, obteniendo los datos a gran velocidad, se preguntaba si la sensible criatura humana sería capaz de resistir la enorme fuerza de la centrifugadora sin que

profundas alteraciones se produjesen en su seno.

Hacía muchos años que hubiera podido intentar aquella experiencia, pero el miedo a las leyes, que tanto le habían hecho sufrir, se lo impidió rotundamente.

Ahora, después de tantos años, tenía la gran ocasión en las manos.

Pero, a pesar de todo, sentía miedo por aquellos tres valientes jóvenes que, encerrados en la jaula terminal de la máquina, iban a pasar por una experiencia definitiva. Si acaso fracasaban, significaría la muerte para ellos y después para la Humanidad, que no podría defenderse contra aquella extraña invasión espacial que, en contra de todas las predicciones escritas hasta entonces, se estaba realizando a la escala de lo microscópico.

Cuando se disponía a poner en marcha el colosal aparato, vio a Alexandre Vidov que se dirigía a la sala de control. Sonriéndole, le invitó a subir a aquella especie de jaula donde estaban situados todos los mandos de la centrifugadora. Obedeció el ruso y momentos después estaba junto a él.

—¿Y bien? —preguntó Alexandre.

—Tengo todo preparado.

—He hablado con París. Dentro de una hora estará aquí la astronave, en piezas para que pueda caber en la jaula de la centrifugadora. Esos jóvenes están preparados técnicamente para montarla pero, por si acaso, las piezas irán numeradas, y disminuiremos también junto a ellas unos cuantos volúmenes de instrucciones que están preparando rápidamente en París. Esperaremos que todo vaya bien. ¿No lo piensas igual que yo?

—También lo deseo fervorosamente —repuso Walesky—. Pero tengo que decirte una cosa, Vidov…

—¿Qué?

—Tengo un poco de miedo. Me estaba, preguntando, hace unos instantes, si el organismo humano resistirá todo esto.

—Hay que intentarlo, de todos modos.

—Desgraciadamente, así es.

Extendió la mano y pulsó los botones que pusieron inmediatamente en marcha la gigantesca centrifugadora.

Proyectada a una velocidad inicial de más de veinticinco mil kilómetros por segundo, la jaula terminal de la máquina pasó como

una exhalación delante de los ojos asombrados de Vidov. Luego, poco a poco, pareció desaparecer y estar permanentemente delante de ellos, tal era la gigantesca velocidad que había alcanzado. Alexandre pensó en la perfección de aquel mecanismo y en todo lo que había costado a su compañero montarlo de manera que la tremenda velocidad no lo destrozase, desintegrándole y haciéndolo añicos. Pero todo marchaba perfectamente bien y Walesky, con los ojos fijos en las agujas de los cuadros que marcaban la velocidad creciente, sonreía lleno de orgullo.

—¿A qué velocidad van? —preguntó Vidov.

—Ahora están alcanzando los setenta y cinco mil kilómetros por segundo.

—Parece increíble.

—Tengo que llegar a los ciento cuarenta y ocho mil, por lo menos —repuso el polaco—. En estos momentos —agregó—, más de la quinta parte de la masa de átomos sobrantes ha abandonado ya el cuerpo de esos jóvenes.

—Ojalá lo resistan.

—Ése es también mi deseo, Alexandre. Espero que todo salga bien.

—Y esa reducción, ¿está controlada en el interior?

—Sí. En cuanto la máquina alcanza una velocidad de doce mil kilómetros por segundo, manos metálicas, construidas con material puramente electrónico; es decir, sin consistencia material aparente, ya que serían disueltas de la misma manera que todos los cuerpos que están en el interior, recogerán a los tres jóvenes, manteniéndolos dentro de una corriente electromagnética para evitar que caigan desde la altura vertiginosa en que se encontrarían, una vez reducidos. De igual clase de materia están construidos los sillones, que se tornan puramente electromagnéticos para al final de la experiencia volver a reaparecer en su tamaño normal. Y de la misma sustancia está construida también la jaula, porque ya comprenderás que en ese esfuerzo de reducción formidable, todo se disolvería si no fuera así.

—Ha debido de costarte muchísimo trabajo todo esto.

—Tú no lo sabes bien. En la primera experiencia que realicé, hace más de doce años, la centrifugadora entera desapareció, disuelta en el aire. Tuve que hacer cientos de experiencias con

materias distintas y siempre fracasaba. Hasta que descubrí que sometidas a una fuerte corriente de electromagnetismo, las sustancias no pueden perder los átomos sobrantes y, por lo tanto, cuando la máquina aminora su velocidad recuperan su forma y peso normales. Al principio también me ocurrió que esas corrientes electromagnéticas envolvían y penetraban en los cuerpos que querían reducir, llevándome al fracaso, ya que, al abrir la jaula, podía ver que los animales no habían disminuido ni un solo milímetro. Pero luego fui controlando ese espacio muerto que debe de quedar entre el cristal y los cuerpos, y así obtuve mis primeros triunfos.

Miró hacia los mandos.

—Ahora ya he conseguido la velocidad de ciento cincuenta mil kilómetros por segundo.

En realidad, la centrifugadora parecía haber desaparecido.

Una especie de gigantesco remolino, un huracán furioso y nunca visto, había sustituido a la máquina y el rugido producido por su giro fabuloso hacía temblar la enorme estancia hasta los cimientos. Pero Walesky no hacía caso a aquel fenómeno que conocía ya sobradamente y, con los ojos fijos en los mandos, vio que el cerebro electrónico le proporcionaba los datos de reducción hasta que, de repente, consiguió para las tres criaturas que estaban en el interior de la jaula una altura de 0,75 de micra —milésima de milímetro—, tope suficiente para la experiencia que le habían pedido realizase.

Pulsó un botón y la centrifugadora empezó a perder velocidad hasta que, quince minutos después, se detenía. Mirando hacia la jaula, que había quedado en el otro extremo de la gran estancia, Walesky musitó, con voz cargada de emoción:

—Vamos a ver lo que ha ocurrido, Vidov.

Se dirigieron hacia allá, subiendo después por una escalerilla que apoyaron hasta la entrada de la jaula. Una vez en el interior, Vidov pudo ver que los tres muchachos habían desaparecido, pero que allí estaban los sillones y las paredes, así como un gigantesco cristal que formaba el fondo y que había tomado un tono oscuro, seguramente por la concentración de los átomos sobrantes que habían sido proyectados hacia allí y atravesado la red cristalina para quedar acumulados en una especie de fondo de saco.

Walesky se dirigió hacia uno de los ángulos de la jaula y tomó,

cuidadosamente, un minúsculo receptáculo de cristal purísimo. Llevándolo con ambas manos, descendió nuevamente y, seguido por Vidov, se dirigió hacia la estancia vecina, donde puso el cristal debajo de un microscopio electrónico que estaba conectado con una pantalla de televisión que se veía al fondo, apoyada sobre la pared.

Una intensa emoción se había apoderado de los dos sabios.

Tras apagar la luz, Walesky conectó el microscopio electrónico e instantes después se proyectaba un campo luminoso en la pantalla de televisión, donde, después de algunos enfoques, consiguieron ver, sobre la superficie rugosa del cristal, que parecía la cima de una montaña, a aquel terrible aumento, las siluetas de los tres muchachos que, sabiéndose seguramente observados por el calor producido por la iluminación del microscopio, saludaban hacia arriba con la mano para atestiguar así su alegría de haber conseguido lo que se proponían.

—Saben que les estamos observando —dijo Vidov, con lágrimas en los ojos.

—Ha sido un triunfo —dijo Walesky—. Esos jóvenes son los hombres más valientes que he conocido en mi vida. Y ahora, vamos a dejarlos descansar un poco porque están recibiendo el foco de iluminación que debe producir una gran cantidad de grados de calor. Mientras traen las piezas de la astronave, reduciremos elementos, libros y una cuanta nota para comunicarles que les hemos visto y que pronto tendrán lo que necesitan. No hay otra manera de comunicarnos con ellos, desgraciadamente, Alexandre.

Se pusieron a trabajar, después de dejar el receptáculo de cristal en un lugar seguro. La centrifugadora volvió a funcionar, cargada ahora de libros, de alimentos de todas clases, acompañada de un mensaje escrito en un cuaderno donde Vidov y Walesky saludaban a aquellos valientes, comunicándoles que muy pronto tendrían lo necesario y que si deseaban entrar en relación con ellos, no tenían más que escribir en el cuaderno que después, colocado de nuevo en la centrifugadora, marchando ésta a la inversa, alcanzaría el tamaño normal. Luego tuvieron que esperar la llegada de los multirreactores, que no tardaron en posarse sobre la terraza del edificio, empezando entonces los equipos especiales a descargar las piezas que fueron descendiendo por el viejo ascensor hasta la cámara de la centrifugadora.

Dispuesto el Comité Mundial a proporcionar a los muchachos algo con lo que pudieran luchar contra los invasores microscópicos, habían desmontado la más potente astronave conseguida hasta entonces por los hombres, dotada con armas atómicas y termonucleares, pero también con aquel célebre «rayo de la muerte», producido gracias a la concentración de fotones, arma que por fortuna no se había empleado sobre la Tierra pero que ahora podía servir a Danny, Ives y Jiro para defender su planeta contra la invasión más escalofriante que había conocido la Historia del Mundo.

CAPÍTULO VIII



a impresión de pequeñez, que creyeron iba a ser perceptible en cuanto recuperasen el sentido, no se presentó. Y tampoco se alteraron sus cuerpos, que indudablemente no habían variado al conservar su forma y peso aparentes.

Fue el mundo que les rodeaba lo que les impresionó.

Cuando Ives abrió los ojos —ya que fue el primero en recuperarse—, miró a sus dos compañeros que yacían sobre unas esferas traslucidas, de gran tamaño, cuyas porosidades eran perfectamente visibles.

El cielo era grisáceo y se extendía sobre él hasta el infinito.

Se puso en pie y anduvo unos pasos; luego acercóse a Danny y le sacudió dulcemente hasta conseguir que abriese los ojos. Por su parte, el japonés se incorporó por sí mismo, frotándose el rostro con ambas manos.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Hanson, que se había recuperado ya perfectamente y recordaba lo que les había conducido allí, sonrió al decir:

—No te veo, Jiro. ¿Es que te has vuelto invisible a fuerza de empequeñecer?

El oriental se volvió hacia sus compañeros.

—¿Entonces…? —preguntó.

—Creo que sí —repuso Lamain—. Porque, indudablemente, no recuerdo nada como lo que nos rodea.

Shindo reflexionó unos instantes.

—¿Dónde nos habrán colocado? —inquirió, mirando a su alrededor.

—¡Cualquiera sabe! —exclamó Danny, sin perder su buen humor —. No olvides que la apariencia de las cosas ha cambiado por completo y que estas esferas cristalinas…

—¡No digas más! —exclamó el francés—. Seguro que estamos en algún recipiente.

—Pero… si es así —dijo el japonés—, la superficie interior de ese recipiente debería ser lisa y no rugosa como ésta.

—¿Habéis olvidado —terció Danny— nuestro tamaño? Según dijo el profesor Vidov, antes de que empezase la experiencia, el tamaño que alcanzaríamos sería aproximadamente de tres cuartos de micra.

—Es cierto; aunque, creo que te equivocas, amigo. Vidov dijo que las dimensiones en las que íbamos penetrar regían en una equivalencia de dos metros por micra. ¿Es que no lo recuerdas ya?

—Tienes razón. Me había equivocado. Y puesto que una micra son dos metros del mundo al que pertenecíamos antes, nosotros debemos medir unos setenta y cinco de micra; es decir, menos de una milésima de milímetro de altura.

—¡Verdaderos gigantes! —suspiró el japonés.

—Lo que yo quería deciros antes —instó Hanson— es que, al haber alcanzado tan reducido tamaño, las cosas que nos rodean han cambiado por completo de aspecto. Y, por ejemplo, lo que nos parece rugoso y montañoso no es más, para los humanos «de verdad», que la superficie lisa del fondo de un recipiente de cristal.

—Eso es cierto.

—¿Y qué harán ahora con nosotros? —preguntó Lamain.

—Ya nos lo dijeron, curioso. Primeramente, creo yo, se

percatarán de que el experimento ha salido bien.

—¿Cómo lo harán?

—Muy sencillamente. Nos llevarán a la planta de un microscopio electrónico y nos observarán.

—¿Y luego?

—Nos colocarán en algún lugar seguro hasta hacer llegar a nuestro alcance las piezas de esa célebre astronave que deberemos montar.

Ives torció el gesto.

—¡Ya podían haber empequeñecido un centenar de hombres para que nos ayudasen!

—No seas vago —rió Hanson—. Bien sabes que el montaje de esa astronave no nos costará mucho. Es una de las cosas en la que los tres hemos trabajado algunas veces.

En aquel momento, sintieron que el suelo se movía bajo ellos; mejor dicho, que todo ondulaba a su alrededor.

—¡Al suelo! —exclamó el japonés—. ¡Han debido coger el recipiente!

Se tendieron.

—Ya podrían tener más cuidado —comentó el francés—. Al principio creí que se trataba de un terremoto.

Momentos después, el pequeño mundo en el que se encontraban se inmovilizó por completo y, de repente, una luz cegadora y ardiente cayó bruscamente sobre ellos.

Se vieron obligados a cerrar los ojos.

—Es la iluminación del microscopio —dijo Hanson, en voz alta, pero manteniendo los ojos cerrados.

—¡Vaya broma!

—Espera —volvió a decir Danny—. Convendría que nos pusiésemos en pie y saludásemos hacia arriba. Hay que hacer saber al que nos esté observando que nos encontramos bien.

El francés dijo:

—Pero no irás a decirme que abramos los ojos.

—¿Y qué falta hace abrirlos para saludar? ¡Vamos!

Se levantaron, moviendo el brazo derecho a guisa de saludo. Luego, instantes después, aquel sol cegador y ardiente desaparecía.

—¿Te has dado cuenta, Lamain? —inquirió Hanson, abriendo los ojos y dando una palmada en el hombro de su amigo.

—Sí. Han debido vernos —repuso éste.

—¡Cuidado! —advirtió el japonés—. La tierra vuelve a moverse.

Y era cierto.

Se tumbaron una vez más sobre el suelo cristalino hasta que éste se tornó inmóvil.

Hanson miró con admiración a Shindo.

—¡Eres un hacha, amigo! —exclamó—. Hay que ver qué sensibilidad tienes para captar los movimientos de nuestra «tierra».

—Es natural —repuso Jiro—. No olvides que he nacido en un país sometido a frecuentes sacudidas sísmicas.

* * *

La centrifugadora estaba trabajando a pleno rendimiento. Pieza tras pieza, la colosal astronave había ido reduciéndose. Y en cuanto las agujas de la sala de mandos indicaban que las piezas encerradas en la jaula se habían reducido al tamaño requerido, Walesky frenaba el aparato para recomenzar de nuevo.

—¿Falta mucho? —le preguntó Alexandre, que no se había movido de su lado.

—Unas dos cargas —repuso el polaco.

—¿Han recibido ya las instrucciones escritas?

—Claro. Deben de estar estudiándolas.

—¿Y si tienen alguna duda?

—Se comunicarán con nosotros.

—¿Cómo?

—Ya hemos enviado una doble emisora. Como cabía perfectamente en la jaula, no ha habido que fraccionarla y podrán utilizarla cuando lo deseen.

—¿Y es posible que algo tan minúsculo produzca sonidos que nosotros podamos captar?

Walesky sonrió.

—¡Buena observación, Alexandre! —dijo—. Es evidente que un emisor, cuyo tamaño no llega al de una milésima de milímetro en total, no poseerá la potencia necesaria para que sus ondas lleguen hasta nosotros, pero nos hemos servido y nos serviremos de una pequeña trampa.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes que las ondas de la radio y de todas las emisiones afines se reflejan en ciertas capas de nuestra atmósfera y que sólo así es posible que lleguen a cualquier punto del globo.

—Así es.

—Esto, naturalmente, no ocurre con la emisora que hemos enviado a nuestros amigos. La distancia de ese aparato hasta nuestra atmósfera viene a ser algo así como la que separa el Sol de Plutón, o quizá mayor. Se nos pondrían los pelos de punta si hiciésemos el cálculo.

—¿Entonces?

—Vamos a servirnos de una estratagema.

—¿De cuál?

—Puesto que no tienen, cerca de ellos, una superficie que refleje las ondas para hacerlas llegar hasta nosotros, seremos nosotros los que la pondremos. Un simple espejo encima de la zona donde sepamos que ellos se encuentran y las ondas, lanzadas por su emisora, llegarán hasta él para ser recogidas, en vez de reflejadas, por un sistema de potentes amplificadores.

—¡Estupendo!

—En cuanto a contestarles, utilizaremos el procedimiento contrario, amortiguando la fuerza de nuestra propia emisión.

—¿Sería peligroso hacerlo directamente?

—Sí, porque nos veríamos obligados a «dirigir» las ondas hacia la zona microscópica donde se hallan. Y si no disminuyésemos el influjo electromagnético, podríamos matarlos como hacemos con algunos microorganismos al «bombardearlos» con trenes de ultrasonidos.

—Es cierto. Veo que has pensado en todo.

—No he tenido más remedio que hacerlo, amigo mío. Desde que empecé con estas experiencias, tuve que cuidar por la vida de los pequeños seres que salían de la jaula de mi centrifugadora.

—Quería preguntarte algo más.

—Habla.

—Una vez que hayan montado la astronave, ¿hacia dónde se dirigirán?

—A ninguna parte.

—Escucha, Vidov: creo que la emoción ha embotellado un poco las ideas en tu cerebro.

—No te entiendo.

—Por eso mismo me alarmo.

—¿Y bien?

—No, no pongas esa cara de enfado, por favor.

Alexandre sonrió.

—Perdona, amigo. Soy un estúpido, pero la realidad es que estoy profundamente emocionado. Te escucho.

—Bien. Ya comprenderás que, a pesar de la velocidad enorme de la astronave que esos tres valientes deben estar montando ya, las distancias han cambiado por completo para ellos.

—Claro que sí.

Walesky dijo:

—Voy a ponerte un ejemplo. Imagina que una astronave, cosa imposible, al menos por el momento, fuese capaz de moverse a la velocidad de la luz; es decir, a trescientos mil kilómetros por segundo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Esa astronave, en nuestro poder, nos llevaría, por ejemplo, a la Luna en poco más de un segundo y al Sol en ocho minutos. ¿Siempre de acuerdo?

—Desde luego.

—Pues bien: pasemos ahora a lo que ocurriría con nuestros amigos. Para ellos, una micra —una milésima de milímetro— son dos metros. En un milímetro habrá, por lo tanto, dos mil metros, si es que podemos hablar así.

—Sigue.

—Un milímetro significa, pues, para ellos, dos kilómetros. Los trescientos mil kilómetros de los que hemos hablado antes serán, por lo tanto, ciento cincuenta mil milímetros; es decir, ciento cincuenta metros. Ésa sería la distancia que recorrerían en un segundo, suponiendo que su astronave se moviera a la velocidad de la luz.

—Es cierto.

—Pero como la astronave que están montando no se mueve, como todas las nuestras en el interior de la atmósfera, más que a veinte mil kilómetros por hora, esta velocidad reducida al tamaño de nuestros amigos se convertirá, por irrisorio que parezca, en un centímetro por hora. ¿Cuánto tardarían entonces en llegar hasta el

punto donde deben luchar con las astronaves de ese planetoide?

—¡Fantástico!

—Por eso seremos nosotros quienes trasladaremos a la pequeña astronave hasta las proximidades de la zona donde avanza la muerte fulminante.

—Ahora lo comprendo.

—Una vez allí y establecida la comunicación con ellos, iremos conociendo cómo va la batalla.

—Eso me preocupa mucho.

—¿Por qué?

—¿No serán inferiores nuestras armas a las de nuestros enemigos?

—No lo creo. Ya has oído antes lo que nos ha dicho Funker, desde París. Las destrucciones de las pirámides cerebrales han sido hechas, en vulgar comparación, por una especie de cañón anticuado.

—¡Ojalá no te equivoques!

* * *

Las instrucciones que habían recibido les ayudaron mucho en el montaje de la astronave; por otra parte, las fracciones de ésta, preparadas en metal ligero, pero de gran resistencia, eran sencillamente transportables y se unían, además, por medio de un cemento especial que las soldaba instantáneamente.

Seis horas después de haber recibido las piezas, la astronave estaba completamente montada, así como las instalaciones interiores y las armas.

Inmediatamente, penetraron en el cosmonavío y se dirigieron a la cabina, junto a la que habían instalado la emisora.

—Llama tú —dijo Hanson, dirigiéndose al japonés—. Quedas nombrado radiotelegrafista de a bordo.

—Gracias —repuso Shindo—, mi comandante.

Rieron.

Momentos después, Jiro obtenía la comunicación deseada. La voz agradable del profesor Vidov llegaba hasta ellos.

Preguntó:

—¿Todo bien, muchachos?

—Perfectamente.

—¿Habéis acabado el montaje?

—Sí.

—Ahora, ya que estamos observándoos por el microscopio —cosa que está haciendo Walesky—, vamos a llevaros a la zona donde la muerte fulminante ha golpeado últimamente.

—¿A Sicilia?

—Sí. Parece ser que no han muerto aún todos los habitantes.

—¿Es que la epidemia no se ha extendido más?

—No, al menos por ahora. Se dio la alarma al sur de Italia, pero no se ha producido caso alguno.

—¡Es raro!

—También lo pensamos nosotros. En realidad, por lo que me han comunicado desde París, no se han dado casos fuera de los límites establecidos hace cuarenta y ocho horas para la muerte fulminante.

—¿No querrá decir eso que el fenómeno se ha detenido?

—No podemos fiarnos, amigos míos. También es posible que los microinvasores estén tomándose un pequeño descanso antes de proseguir. No podemos olvidar tampoco que han matado a más de sesenta y cinco millones de seres humanos.

Los músculos del japonés se contrajeron.

—¡Llévenos cuanto antes allí, profesor! Estamos deseando luchar contra esos malvados.

—Bien. Voy a cortar la comunicación. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Volveré a llamaros antes de lanzaros en la zona determinada.

—De acuerdo. ¿Cómo se comunicarán con nosotros cuando estemos en plena liza?

—Sobrevolaremos sin descanso la isla de Sicilia. Hemos dispuesto un procedimiento especial para no perder la comunicación ni un solo instante.

—Gracias, profesor.

—Gracias a vosotros, en nombre de toda la humanidad.

CAPÍTULO IX


esde el despacho de la Torre de la Ciencia, en París, los miembros del comité de biólogos seguían con un interés creciente las noticias que Vidov iba comunicándoles.

—Ahora —explicó Moore— están ya cerca de Sicilia.

—¿Qué zona han elegido para abandonar la micropatrulla? —preguntó Duvivier.

—Una en la que se han descubierto núcleos humanos intactos.

Funker movió la cabeza.

—Ya es extraño que la muerte fulminante haya detenido su desastrosa marcha. ¿No hay noticias de un nuevo avance?

Todio Isokima movió negativamente la cabeza.

—Ninguna, por fortuna. Si es que nos es permitido utilizar esa palabra.

—Tiene usted razón —repuso el germano—. Fortuna, poca hemos tenido hasta ahora. Y de no haber sido por los excelentes trabajos de Walesky, ¿qué hubiésemos hecho?

—¡Nada! —suspiró Yolande.

—Ese hombre —intervino Dark— nos ha demostrado que no hay que ser demasiado riguroso en la organización de los trabajos científicos, como lo hemos sido hasta ahora…

—Es cierto.

En aquel momento, el altavoz interrumpió la charla y la voz del ruso sonó, vibrante y fuerte:

—¡Atención! Estamos sobre el punto elegido. Bajo nosotros, a doscientos metros, hay una zona donde se ven hombres y mujeres que nos han saludado con la mano.

»Como medida de protección contra los microinvasores, todos nosotros llevamos trajes como los que dimos a los que fueron a recoger el cadáver de la joven…

»Nos disponemos a lanzar la astronave, pero para ello vamos a bajar lo más posible. En este momento cambiamos el régimen de reactores y utilizamos sólo los verticales. Vamos descendiendo lentamente.

»Nada extraño se observa a nuestro alrededor y la gente, creyendo que venimos a saludarles, se han reunido bajo nuestro aparato. No importa, ya que procuraremos lanzar la astronave sobre ellos donde es muy posible que no tarde en presentarse la muerte fulminante.

»El receptor de impresiones externas ha captado un olor nauseabundo que procede de un lugar situado no muy lejos de aquí. Deben de estar consumiéndose o descomponiéndose los miles y miles de cadáveres que hay en esta isla.

»Vamos a lanzar la astronave, amigos de París. Hace unos instantes, el profesor Walesky ha hablado con los miembros de la micropatrulla y la moral de estos muchachos es espléndida. ¡Ojalá tengan suerte y venzan a los peligrosos enemigos que están destruyendo nuestra civilización y nuestras razas!…

»¡Ya está hecho!

»La astronave ha sido lanzada sobre la multitud que, naturalmente, no puede sospechar lo que estamos haciendo.

»Ahora corto la comunicación. ¡Hasta pronto, amigos!

* * *

Mirando las agujas de los mandos, Danny lanzó una exclamación:

—¡Hemos duplicado la velocidad, amigos!

—¿De veras? —inquirió Lamain, con una sonrisa.

—Sí. ¿Por qué te ríes?

—Porque pienso que a pesar de la enorme velocidad que llevamos, no avanzamos más de cuatro o cinco centímetros por hora. Y eso me hace recordar que…

No pudo seguir.

Danny había lanzado un grito y los otros dos miraron hacia el tablero de mandos, viendo con horror que todos los relojes habían saltado al unísono y que las agujas, truncadas, giraban, como codos metálicos, a una velocidad increíble.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió el japonés, que se había acercado allí, dejando el asiento que ocupaba ante la emisora.

—No lo sé —repuso Hanson—. Algo grave, ya que no podremos saber a qué velocidad vamos. ¡Comunica con el profesor!

—Ahora mismo.

Shindo se sentó ante la emisora y manejó los mandos.

Entre tanto, la astronave parecía moverse siguiendo una línea quebrada y se producían choques que la hacían vibrar de cola a cabeza.

—Profesor… profesor…

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Han saltado todos los relojes de control, señor. La nave se mueve en zigzag, como si fuese rebotando con alguna cosa.

—Procurad estar tranquilos.

—Eso hacemos, profesor, pero…

—Un momento, muchachos. Podemos seguiros, hasta ahora, gracias al estudio del campo magnético en el que os movéis. Nos hemos equivocado todos al calcular vuestra velocidad. Una vez que habéis caído, habéis penetrado en la zona de influencia atómica del aire y sus cargas magnéticas son ahora las que os conducen, a una velocidad verdaderamente incalculable para vuestra escala métrica.

—Entonces, ¿avanzamos a más de cuatro centímetros por hora?

—¡Muchísimo más rápidamente! Si pudiésemos hacer un cálculo aproximado, podría deciros que habéis recorrido cerca de un kilómetro en menos de tres segundos… ¡Y vuestra velocidad va

aumentando!

—No podremos controlar la nave.

—Creo que sí. Pero esperad un poco… Haced caso omiso de los controles que han saltado y regiros por el motor fotónico. ¿Entendido?

—Sí.

En efecto, poco después de haber cortado la comunicación con el profesor Vidov, Danny conseguía que la nave obedeciese, aunque la velocidad alcanzada era enorme.

—Ahora comprendo la velocidad de aquellas dos falsas partículas —dijo el francés.

—Desde luego. Debían moverse por el campo magnético, como nosotros.

—¿Y no chocaremos con algún átomo?

—No. Es imposible. Las cargas eléctricas de sus capas externas de electrones nos rechazarán.

—¿Y cuándo penetraremos en un cuerpo? Porque ése es nuestro objetivo, ¿verdad?

Hanson sonrió.

—Naturalmente que sí, Shindo.

—¿Y entonces?

—No ocurrirá nada. La densidad del cuerpo humano o de cualquier otro animal, incluso dotado de caparazón, no es grande para nuestra escala. Creo que atravesaríamos la piel de un rinoceronte sin sufrir daño. Además, no olvides que llevamos mecanismos para el frenaje, enlazados con el sistema de radar.

—¡Respiro!

El francés exclamó entonces:

—¡Atención, amigos! Nos estamos acercando a algo que, si no me equivoco, es un cuerpo humano.

Miraron hacia la pantalla de radar y una emoción intensa se apoderó de ellos.

Los mecanismos de frenaje habían empezado ya a funcionar.

* * *

Atruk examinó detenidamente los informes que acababa de recibir y que había colocado sobre la mesa. Junto a él, Simpur

esperaba, en silencio.

—Todo perfectamente —dijo el jefe de la Flota Danusiana.

—En efecto, señor. Las turbulencias mentales han desaparecido.

Atruk sonrió.

—Fue una suerte que llegásemos aquí. ¿Y la Flota?

—Desplegada, señor. Hay dos mil naves delante de nosotros y cinco mil detrás.

—¿Seguimos moviéndonos sobre esa gigantesca isla?

—Todo es gigantesco a nuestro alrededor, señor. Sí, en efecto, seguimos aquí, en la isla.

—Esperemos un poco más. No podemos abandonar esta misión.

—¿Y luego?

El jefe de la flota frunció el ceño.

—Regresaremos.

Simpur lanzó un imperceptible suspiro.

Hubiese podido decir muchísimas cosas; pero ¿para qué? La condena estaba en los corazones de todos los danusianos y era imposible hacerse ilusiones. No obstante, después de unos segundos de silencio, Simpur se atrevió a decir:

—Si estos seres hubieran avanzado más…

Atruk miró con fijeza a su ayudante.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, señor…

—¿Sigues albergando esperanzas, Simpur?

—No, señor… pero es tan agradable dejarse mecer por ellas.

—Inútil. Eso es lo que es. Cuando una condena cósmica cae sobre una raza, hay que ceñirse a la realidad.

—Sí, señor.

—Lo demás, sobra. Por otra parte, ¿no estás satisfecho de lo que hemos llevado a cabo?

—¡Desde luego que sí!

—Es hermoso hacer algo antes de desaparecer…

Simpur fue a decir algo, pero uno de los oficiales de la Flota penetró entonces en la estancia y saludó a Atruk.

—¿Qué hay? —inquirió éste.

—Una de las naves de vanguardia nos comunica que una extraña nave vuela delante de nosotros.

—¿Eh?

—Así es, señor.

—¡Eso es imposible! Debe tratarse de un corpúsculo o de cualquier objeto de este planeta.

—No lo creo, señor.

—¡Vamos a la sala de comunicaciones!

Atravesaron la estancia, tomando después un largo y amplio pasillo que les condujo a la proa de la gigantesca nave. Allí, a un lado de los cuadros de mando, estaban las potentísimas emisoras.

Atruk se acercó a una de ellas.

—¿Qué nave ha dado ese informe? —preguntó.

—La M-236, señor.

—Póngame con su comandante.

Momentos después aparecía en la pantalla de TV la imagen del rostro de un hombre delgado, de cabellos canosos y ojos azules y limpios.

—¡A sus órdenes!

—¿Qué hay de esa extraña nave, Turbus?

—La estamos siguiendo, señor.

—Pero ¿se trata de una máquina?

—Sin duda alguna, señor.

—¿Cómo puede afirmarlo?

—Hemos captado las radiaciones fotónicas de sus motores.

—¿Se da cuenta de que tal cosa es imposible?

—Lo sé, señor. Sin embargo, nuestros aparatos de control no pueden equivocarse.

—¿Están lejos de ese… aparato?

—A unos ochocientos kilómetros.

—Acelere, junto a otras naves, y póngase en comunicación con ellos.

—Bien, señor.

Atruk volvió a la sala central, seguido por Simpur.

—Es extraño —dijo éste, cuando se hubieron sentado.

—Sería demasiado maravilloso.

—En efecto.

Y no dijeron más.

Pero la expresión de sus rostros era elocuente al reflejar con

claridad la íntima emoción que les embargaba.

* * *

—¡Veo algo en el radar de popa! —exclamó Lamain.

Danny se acercó a él.

—¿De qué se trata?

—Mira. ¿Qué te parece?

—¡Astronaves! Por lo menos una docena. Y se van acercando a nosotros.

—¿Qué hacemos?

—Combatir. ¿No estamos aquí para eso?

—Sí, pero…

—¡No hay peros! Vete a popa y deja caer un par de granadas atómicas. Calcula las cosas de forma a que esos curiosos se den de narices con ellas. ¿Entendido?

—Sí.

Ives corrió hacia el compartimiento de popa, disponiendo el lanzamiento. Los visores electrónicos le proporcionaron la distancia que les separaba de las naves enemigas así como del momento en que debía lanzar las cargas atómicas.

Apretó dos veces el mismo botón.

La voz de Hanson llegó hasta él.

—¿Has lanzado ya?

—Sí.

—No te muevas de ahí. Lo estoy siguiendo todo por radar.

—Bien.

De repente, la voz de su amigo sonó otra vez, pero ahora cargada de cólera.

—¡Maldición!

Ives preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Que han debido ver las cargas. Las han dejado a un lado… eso es todo.

—¿Qué hago?

—Lanza cinco más.

—De acuerdo.

Pero sucedió lo mismo.

Lamain corrió junto a su amigo.

—¡Es inútil!

—Claro que lo es. El profesor Vidov se equivocó, como todos los otros. Estaban convencidos de que nuestra astronave y nuestros procedimientos iban a superar a los de los adversarios.

—¿Y qué hacemos?

Danny no contestó a la pregunta de su compañero, y acercóse al japonés, que seguía ante la emisora.

—¡Llama al profesor, Shindo! —le ordenó.

—En seguida, Hanson.

Empezó a manipular, pero casi en seguida tuvo que alejarse del aparato, ya que éste empezaba a lanzar chispas cada vez mayores.

—¡Se quema! —exclamó, con los ojos abiertos por el asombro.

—¡Deben de ser esos malditos que tenemos atrás! —rugió Danny, cerrando los puños.

—Si son capaces de hacer esto a distancia, es que disponen de poderes que nosotros no conocemos.

—¡Ya veremos! —dijo el americano, dispuesto a no dejarse vencer.

Pero entonces, cuando se había alejado un par de pasos hacia el pasillo que llevaba a la sala de armamento, vaciló, intentando vanamente agarrarse a una de las varas metálicas que iban del suelo al techo.

Luego cayó en redondo.

No pudo ver a sus compañeros, ya que éstos se habían desplomado al mismo tiempo que él.

CAPÍTULO X


l abrir los ojos, Hanson miró con sorpresa a su alrededor.

Se encontraba en una amplísima estancia, sobre un cómodo lecho, en medio de un ambiente perfumado y de temperatura ideal. Ningún foco luminoso era visible, pero la habitación estaba bañada por una luz ligeramente verdosa, agradable y suave, que daba a los objetos unos bordes nítidos, correctos y sin sombras.

Al saltar del lecho, el joven se dio cuenta de que llevaba un traje sobre la piel, algo tan sumamente fino que apenas si sentía su presencia y que le permitía moverse con perfecta soltura, cubriendo al mismo tiempo su cuerpo de manera completa.

Era como ir vestido y sentirse desnudo al mismo tiempo.

Vio entonces la puerta lateral y pasó por ella, encontrándose en una estancia semejante a la que acababa de abandonar y en cuyo lecho reposaba Ives.

Sonriendo, Danny se acercó a la cama y sacudió con brusquedad

a su amigo.

—¿Eh? —dijo éste, abriendo los ojos.

—Despierta. Está visto que yo soy el que primero me despabilo siempre. Voy a por Jiro…

Otra puerta le condujo al tercer aposento, pero el japonés estaba ya en pie.

—¡Hola! —saludó a Danny, con completa naturalidad.

—¿Te sientes bien? —le preguntó éste.

—Perfectamente.

—¿Y no te has preguntado dónde nos encontramos?

—Sí, pero he llegado a la conclusión de que es inútil romperse la cabeza para responder algo que no conocemos.

—¡Bien!

—¿No te parece? Tarde o temprano lo sabremos.

—¡Muy bien!

—¿Te burlas de mí?

—No. Admiro tu filosofía. Vamos, Ives nos espera…

Por el contrario, el francés estaba nervioso y no hacía más que mirar a su alrededor y tocar el extraño traje que llevaba puesto.

—¿Qué significa esto? ¿Dónde estamos? ¿Quién nos ha vestido? ¿Qué vamos a hacer?

Danny lanzó una carcajada.

—El reverso de tu medalla, Jiro —le dijo al japonés—. Tú desprecias las preguntas y Lamain no puede vivir sin una docena de ellas.

—¿De qué estáis hablando?

—¡Cesa de preguntar! —le cortó Danny—. Shindo tiene razón. No sabemos dónde estamos, ni quién nos ha traído aquí, ni quién nos ha desnudado y vestido… pero ya lo sabremos.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—¡Por favor, Ives!

—Perdona.

—Lo último que recuerdo —dijo el japonés— fue que estábamos furiosos al comprobar que las cargas atómicas no chocaron con las astronaves que nos perseguían…

—En efecto —corroboró Hanson—. Yo iba a preparar un nuevo lanzamiento cuando, de repente, me sentí sin fuerzas y caí…

—Igual me ocurrió a mí.

—Y a mí.

Guardaron unos instantes de silencio.

—Lo que debemos hacer ahora —dijo Hanson— es esperar.

—¿A qué?

—A que se te olvide preguntar, Ives.

—No puedo remediarlo.

En aquel momento, Shindo hizo un gesto vehemente hacia sus compañeros, señalándoles algo a su espalda. Los dos se volvieron al mismo tiempo.

Un hombre alto, vestido de manera parecida a como ellos iban, penetró en la estancia, sonriendo.

«Hola» —saludó.

Ellos se dieron cuenta de que sus labios no se habían movido, pero «oyeron» perfectamente la palabra que el desconocido acababa de pronunciar.

—¿Habla nuestra lengua? —preguntó el francés.

«No es necesario que se esfuerce» —repuso el otro—. «Basta con que piense lo que quiere decirme para que nos entendamos perfectamente».

—¿Telepatía?

«Sí».

Danny utilizó el curioso procedimiento.

«¿Puede explicarnos quién es usted y lo que nosotros estamos haciendo aquí?».

«Es mejor —dijo el hombre— que hable cuando se dirija a mí, ya que si piensa sus compañeros no se enterarán. Repita la pregunta en voz alta, por favor…».

Danny obedeció.

«Yo me llamo Atruk —dijo el visitante— y soy el jefe de la Flota de mi país: Danusia…».

—Y eso ¿dónde está? —preguntó el incorregible Lamain.

«Ustedes lo saben, ya que conocen la existencia del pequeño planeta que actualmente gira alrededor del suyo…».

—¿Cómo? ¿Estamos en ese cuerpo?

«Sí. Tuvimos que utilizar ciertos procedimientos para acallar el espíritu belicoso que les animaba. ¿Por qué deseaban pelear con nosotros?».

Hanson no pudo contenerse.

—¿Y todavía se atreve a preguntarlo? ¡Qué cinismo!

«No comprendo».

—¿No es usted telépata y puede leer nuestros pensamientos?

«No. Yo no puedo leer más que lo que usted piensa especialmente dirigido a mí. Sigo sin entender lo que significa esa crudeza en su voz, señor…».

—Me llamo Danny Hanson. Y vuelvo a decirle que es preciso un cinismo sin límites para preguntarnos por qué les atacamos. ¿Qué han hecho ustedes en nuestro planeta que no haya sido sembrar esa horrible muerte fulminante? Querían destruir nuestra raza para conquistarnos… ¿No es eso?

Una triste sonrisa apareció en los labios del danusiano.

Dijo:

«Ya dije al consejo de mi pueblo que ustedes, aunque muy evolucionados técnica y científicamente, andaban atrasados en otras cosas. Veo que usted no conoce el Pacto Panhumano del Universo…».

—¿Y qué es eso?

«Un juramento que se hizo, hace millones de años, en esta galaxia. En él se prometió que nunca se atacarían los humanos entre sí, aunque perteneciesen a sistemas planetarios distintos y distantes…».

—¡Ah!

«Y ninguna raza humana del Cosmos se atreverá a hacer daño a otra».

—Entonces, ¿qué significa esos millones de muertos que han dejado ustedes en la Tierra?

«Vinimos hacia acá siguiendo la “nube nutatriz”, señor…».

—No entiendo ni una sola palabra.

»Me explicaré. Hace miles de años, en el otro extremo de la galaxia, y procedente de un lugar desconocido del cosmos, penetró en lo que ustedes llaman Vía Láctea, una nube o formación de radiaciones que tienen un poder de mutación verdaderamente gigantesco.

»La maléfica nube radiactiva barrió muchos mundos, produciendo mutaciones espantosas y acabando con las formas normales de vida de cada uno de esos planetas. Nosotros estábamos bastante lejos de su camino, pero sus efectos nos atacaron, a pesar

de la lentitud de su marcha.

»En doscientos mil años, tiempo que estuvimos sometidos a su maléfica acción, sin que nos diésemos cuenta al principio, se produjeron reducciones en nuestro tamaño. Nuestros hijos nacían cada vez más pequeños. Más tarde, al notar nuestra desgracia, nos vimos obligados a cambiar de planeta para irnos adaptando a una gravedad que pudiésemos soportar.

»Así, transhumantes sin descanso, tuvimos que adoptar, finalmente, este pequeño cuerpo que no es más que un enano minúsculo junto a la Tierra a cuyo alrededor giramos en estos momentos.

»Pero sigamos: Fieles al Compromiso Panhumano, y debido a que logramos hacer mover nuestro pequeño mundo, pensamos dedicamos a prevenir a todos los otros hombres hacia cuyos planetas se acercase la maldita nube.

»Así lo hemos venido haciendo, salvando a mundos enteros de caer en el mismo horrible destino que nosotros».

Lanzó un suspiro.

»Por suerte —prosiguió pensando—, la nube iba perdiendo fuerza y disolviéndose poco a poco en el espacio. Cuando penetramos, tras ella, en vuestro sistema solar, comprobamos en seguida que sólo había un planeta habitado por gente de nuestra especie.

»Aumentando la velocidad de nuestro propio mundo, lo convertimos en un satélite de la Tierra, como habíamos hecho muchas veces en otros sistemas solares. Inmediatamente, después mi flota y nuestras astronaves volaron rápidamente hacia el planeta de ustedes.

»Primero analizamos debidamente su estructura y luego empezamos a observar lo que la nube estaba haciendo en este mundo. Su debilidad era ya muy grande; pero, no obstante, atacó con certeza las células cerebrales de muchos de sus congéneres, que estaban destinados a disminuir, degenerando su raza como nos ocurrió a nosotros.

»No teníamos más remedio que acabar con esas criaturas que llevaban en su interior un mensaje horrible. Por fortuna, calculando la efectividad de la nube, llegamos a la conclusión de que no podría atacar más que a varios millones de terrícolas.

»Y entramos en acción.

»Por eso, señores, nos vimos obligados a destruir a esas criaturas que eran portadoras del mensaje más tétrico que conoció jamás el hombre en su universo…».

Danny tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

Estaba emocionado.

—Perdone —dijo—, pero nosotros no sabíamos nada de esto.

»Lo comprendo —repuso Atruk—. También nosotros nos sorprendimos al ver que ustedes, los terrícolas, han sido los primeros humanos en conseguir esta fantástica reducción de tamaño… ¿Cómo lo hicieron?

—Ha sido un profesor polaco… Pero, perdone, señor Atruk, ¿no decía antes que estaban condenados?

«Así es».

—¿Y por qué?

—Porque debido a su reducido tamaño y a pesar del trabajo de nuestras fábricas de oxígeno sintético, nuestro planeta pierde su atmósfera, y es incapaz de retenerla por más tiempo.

—Y eso significa la muerte de los danusianos…

«Así es».

Danny preguntó:

—Un momento. ¿Es que no tiene usted ganas de salvar a su pueblo?

«¿Qué quiere usted decir?».

—Que antes me ha conmovido cuando me habló de ese Pacto Panhumano. Es algo muy hermoso.

«En efecto».

—Pues bien. Nosotros, después de las aclaraciones que nos ha dado, debemos estarle muy agradecidos.

«Cumplimos con el espíritu del Pacto».

—Y nosotros haremos lo mismo.

«No entiendo».

—Muy sencillo. El profesor Walesky nos prometió volvernos a nuestro tamaño natural…

«¿Es eso posible?».

—Sí. Y vamos a regresar, con usted, como prueba. ¿Cuántos danusianos quedan ahora?

«Unos sesenta millones».

—¿No les gustaría vivir con nosotros, en hermosa hermandad, en la Tierra? Muchos han muerto fatalmente y ustedes podrían ocupar su lugar. ¡Eso es, amigo! Prepare el regreso…

* * *

Alexandre Vidov se pasó la mano por la frente.

—No hay posibilidad —dijo.

—Hay que esperar —instó Walesky.

—¿Esperar?

—¡Claro! ¿No has visto que la muerte fulminante ha cesado?

—Sí, pero…

—Eso explica claramente que nuestros amigos han vencido. Lo que puede ocurrir es que se hayan alejado o que su emisora se haya estropeado.

—¿Y qué harán entonces?

—Ya les dimos las instrucciones, Alexandre. Si algo ocurría, emitirán con ultrasonidos. Hemos colocado doscientos «escuchas» fónicos sobre el suelo de Sicilia.

—Ojalá no te equivoques.

—No seas pesimista.

—Es que llevamos dos semanas sin noticias.

—¿Y qué? Han debido de pelear como valientes y destruir gran número de astronaves. La prueba es que no se han producido más casos de muerte fulminante.

—Eso es cierto.

En aquel momento, algo vibró en uno de los cuadros de control.

Walesky lanzó un grito.

—¡Mira!

—¿Qué pasa?

—Uno de los escuchas fónicos ha recibido la señal convenida.

—¡Vamos!

—No te precipites. Espera a que nos digan dónde van a lanzar la señal intermitente para que sepamos dónde debemos recogerlos.

Momentos después, la señal llegaba.

—¡Ahora! —exclamó el ruso, lleno de sincero júbilo.

El polirreactor descendió lentamente hasta posarse sobre el suelo. Luego, los dos sabios bajaron, dotados con un casco

amplificador que les permitía orientarse hacia las señales emitidas por los microviajeros.

—Ahí están —dijo Walesky, señalando la hoja de una planta.

Alexandre exclamó:

—¿Seguro?

—Sí. Coge la hoja con cuidado y llévala hasta el recipiente de cristal. No la muevas demasiado…

Alexandre obedeció, yendo después hacia el vehículo, seguido por el polaco.

Aceleraron para estar en Lyon en pocos minutos.

Una vez en el laboratorio, colocaron la hoja bajo el microscopio. Y fue entonces cuando Vidov sonrió por primera vez desde hacía semanas.

—¡Ahí está la astronave!

—No puedo comunicarme con ellos, pero voy a enviar señales fónicas. En cuanto bajen del cosmonavío, recógelos en un portaobjetos y los llevaremos a la centrifugadora.

Pero no hube necesidad de dar señales.

—¡Walesky!

—¿Qué mosca te ha picado?

—¡Han bajado!

—¿Y bien?

—¡Son cuatro!

—¿Cuatro?

—¡Míralo tú mismo!

El polaco enfocó el objetivo del microscopio electrónico.

—¡Santo cielo! ¡Es verdad!

—¿Quién será ese cuarto?

—No lo sé, ni me importa por el momento.

—¿Entonces?

—Vamos a llevarles a la jaula. ¿Está todo dispuesto?

—Sí.

Momentos más tarde se colocaban en la sala de mandos y la poderosa centrifugadora empezaba a girar en sentido inverso, aumentando la velocidad de manera creciente.

—¿Palta mucho? —preguntó el ruso.

Walesky sonrió.

—Eres muy impaciente.

—¡No puedo más!

—¿Curiosidad?

—¿Es que tú no la sientes?

—Un poco.

—Yo no aguanto más. ¿Quién será ese tipo?

—Pronto lo sabremos.

Alexandre miró al cuadrante donde la aguja marcaba la velocidad rotatoria de la centrifugadora.

—Voy a empezar el frenaje —dijo el polaco.

—¡Date prisa!

—No seas tan nervioso…

Pero Vidov no podía más y se mordió los labios sin parar hasta que la jaula se detuvo. Incapaz de resistir por más tiempo la tensión nerviosa que experimentaba, corrió delante de Walesky.

Primero apareció Danny, sonriente.

—¡Hola, profesores!

Después el francés y luego el japonés. Por último, un misterioso personaje, alto, delgado, con aire aristocrático.

—¿Quién es? —preguntó el ruso.

—Nuestro amigo Atruk, jefe de la Flota danusiana.

—¿Eh?

—Espere, profesor Vidov. Creo que lo primero es tomar algo para serenarnos. Luego nos sentaremos y hablaremos largo y tendido. Pero deberíamos hacerlo en París.

—¡Yo no voy a París! —exclamó Walesky.

Alexandre se volvió hacia él, cogiéndole del brazo.

—Escucha, cabezota. Se acabaron tus tonterías. La humanidad entera te debe tanto, que entrarás en la Torre de la Ciencia con la cabeza alta y a mi lado. ¡Andando!

—Antes —intervino Hanson— queremos beber algo. ¿De acuerdo?

Walesky gritó como un energúmeno hasta que le trajeron una botella de vodka.

Epílogo

¿Quién puede diferenciar hoy, en esta humanidad maravillosa, a los terrícolas de sus hermanos los danusianos?

Nadie.

Acabo de recorrer los territorios que fueron confiados a nuestros amigos y no tengo más remedio que reconocer que incluso nos llevan ventaja en muchísimas cosas.

Gracias a la centrifugadora del profesor Walesky, que trabajó sin parar durante dos años, no sólo se trasladaron a nuestra dimensión la totalidad de los habitantes de Danusia, sino que trajeron sus máquinas más importantes, sus aparatos de precisión y sus archivos.

Supimos, por sus libros, tantas cosas como hubiésemos tardado cien siglos en aprender. Ahora sabemos exactamente qué sistemas de nuestra galaxia están poblados y qué clase de civilizaciones humanas han florecido en el confín de la Vía Láctea.

Sabemos que no estamos solos.

Millones y millones de hermanos nuestros sueñan cada día por una unión completa entre todos los hombres del cosmos.

Poco a poco, con la colaboración de los sabios danusianos, hemos aprendido a interpretar lo que hasta ahora no eran más que misteriosas radiaciones captadas por los radiotelescopios y otros instrumentos de nuestros satélites artificiales.

Ahora estamos ya en comunicación con nuestros hermanos de allende nuestro sistema solar.

No, no estamos solos.

Y pronto, quizá antes de cien años, podremos ir allá o ellos vendrán a visitarnos. Será un momento maravilloso, estupendo, único.

Porque poco importa la distancia que nos separa. Estamos ya tan

identificados, que esos billones de kilómetros o esos cientos de años luz han perdido su importancia.

Y así es, amigos.

Cuando el corazón de dos seres humanos late al unísono, la distancia desaparece. ¿No lo habéis notado? De vez en cuando, miráis a las estrellas y sentís, de eso estoy seguro, una especie de sensación indefinible. ¿Sabéis de qué se trata? Son los mensajes que llegan, a través del espacio y que, sin poder entenderlos, «os impresionan». Porque en ese mismo instante hay alguien, en los alrededores de esa estrella que parpadea, en un planeta parecido al nuestro, un hombre o una mujer que piensa en vosotros. Y su deseo, por el camino del amor, es mil millones de veces más rápido que la misma luz.





LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

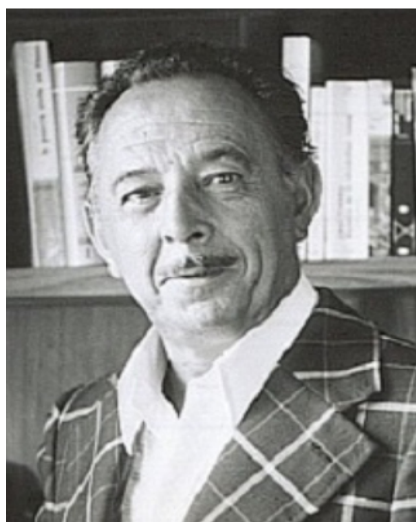
ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.